

A close-up, low-angle portrait of a man with curly brown hair, looking upwards and to the right. He is wearing a red sports jersey with a white collar. The jersey features a shield-shaped crest with the letters 'CAI' and several stars. The word 'OPPER' is visible on the left side of the chest. The background is a clear, bright blue sky.

Vicente Muglia

Gabriel Milito

Historia de un Mariscal

ediciones
al arco

Diseño

Federico Sosa
fedesosa1@gmail.com

Estadísticas

Diego Antún

Foto de tapa

Gustavo Ortiz

Fotografías

Archivo familia Milito
F.C. Barcelona
Archivo C.A. Independiente
Real Zaragoza
Diario Olé
Miguel Angel Rotondo
Gustavo Ortiz

Fecha de catalogación: XX/XX/XXXX

Muglia, Vicente Marcelo

. - 1a. ed. - Buenos Aires : Alarco Ediciones, 2013.

128 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-1367-35-1

1. Deportes. I. Título.

CDD 796

Vicente Muglia

Historia de un
Mariscal

Biografía autorizada
de Gabriel Milito

*A Valentina, la razón de mi
existir; a Lorena, por el aguante
incondicional; a mi mamá y a mis
hermanos; a los que ya no están
pero siempre van a estar.*

Vicente Muglia

A mis viejos por el esfuerzo y la dedicación; a mi mujer y a mis hijos por apoyarme y acompañarme; al resto de mi familia; a mis amigos del fútbol y de la vida por estar en los buenos y malos momentos; al Club Atlético Independiente por todo lo que me dio y me sigue dando.

Gabriel Milito

Agradecimientos

A toda la familia Milito por su valioso aporte para el material de este libro. En especial a su mujer Silvina y a su mamá Mirta.

A Adrián Faija por ser uno de los primeros en confiar y apoyar este proyecto.

A Julio Boccalatte por su enorme generosidad y por ser el artífice de este libro.

A todos los amigos, ex entrenadores y ex compañeros de Gabriel Milito por colaborar con sus opiniones y datos para esta obra.

A Gustavo Ortiz, a Martín Georgudakis, a Miguel Angel Rotondo y a Carlos Bairo por su colaboración con el material fotográfico.

A Diego Antún, a Favio Verona, a Darío Eichenblat, a Daniel Valdez y a Hernán Paz por su desinteresada ayuda.

A mis amigos y seres queridos que me alentaron a cumplir este anhelado proyecto.

Prólogo I

Por Esteban Cambiasso

La palabra “Líder” es la primera que se me viene a la cabeza cuando alguien me pregunta por Gabriel Milito como profesional. Lo conocí como adversario en las categorías infantiles y pude disfrutarlo como compañero tanto en las Selecciones Juveniles y Mayor como también en nuestros inicios en Primera División con la camiseta de Independiente.

Conozco realmente pocas personas que hayan tenido una pasión tan grande como la suya para interpretar el rol de jugador de fútbol. Siempre tuve la sensación de que Gaby tenía muy claro para qué había nacido. O sea, para ser un compañero con voz de mando desde que debutó en Primera hasta el último día de su carrera como jugador. Carrera que le reservó pruebas de todo tipo, de las buenas como jugar en los mejores equipos del mundo y en la Selección, y de las malas como sus lesiones de rodilla que le proporcionaron más de un dolor de cabeza.

Todas estas situaciones vividas lo hicieron más fuerte y más grande, porque supo atravesar cada una de esas vivencias con la cabeza de quien tiene muy claro cuál es su realidad: luchar para mejorarse siempre, porque nunca le alcanzó con ser lo que era o conformarse

con lo conseguido. Siempre buscó algún objetivo más para seguir creciendo y, a su vez, hacer crecer a toda la gente que tuvo a su lado. En muchos de estos “viajes” estuvimos juntos y siempre sentí que Gaby era un jugador con las ideas claras y las palabras justas en cada momento. Sin más, un verdadero “Líder”.

La palabra “Amigo” es la primera que se me viene a la cabeza cuando alguien me pregunta por Gabriel Milito como persona. El fútbol nos hizo coincidir en muchos momentos y, gracias a esas situaciones, pudimos iniciar una amistad que siempre siguió creciendo más allá de que por circunstancias de nuestras carreras nos tocó más de una vez estar distanciados, geográficamente hablando. En Gaby encontré a una persona leal, sincera y frontal. No son cualidades muy normales por estos tiempos, así que es un orgullo para mí tener un amigo así, con el cual sé que puedo contar siempre. Es imposible no pensar en su familia para entender qué tipo de persona es. Desde sus padres y hermanos hasta su mujer y sus hijos. Todas personas de gran corazón con las cuales me identifico casi como si fueran mi familia. Gaby es una persona con la que no necesito hablar todos los días pero tengo la absoluta seguridad de que está feliz con mis alegrías y sufre con mis tristezas. Sin más, un verdadero “Amigo”.

No puedo terminar de escribir estas líneas sin mencionar la palabra “Gracias”, dirigida directamente al protagonista de este libro .

Como apasionado del fútbol por todo lo que hiciste dentro de un campo de juego.

Como compañero por todo lo que transmitiste en cada partido en que jugamos.

Como amigo por todo lo que hemos vivido juntos y con nuestras familias.

Y un agradecimiento especial por haberme elegido para escribir este prólogo.

Prólogo II

Por Gerard Piqué

Llegué a Zaragoza con 19 años, a mediados del 2006, y allí conocí a Gaby Milito. Desde el primer instante tuvimos una química especial. Es verdad que jugábamos en la misma posición y que nos gustaba mucho el buen trato del balón y sacar la pelota desde atrás, pero había una diferencia muy grande entre los dos. Gaby era ‘el Mariscal’, el capitán del equipo, un jugador con una zurda exquisita y una capacidad para mandar innata. Yo, en cambio, era un niño que buscaba un hueco dentro del mundo del fútbol.

En diciembre de aquel año, en el mercado invernal, Leo Ponzio (compañero de habitación de Gaby en las concentraciones) decidió irse a River Plate. A partir de ese momento, empecé a compartir habitación con Gaby hasta el final de la temporada. Fueron seis meses en los que tuve un curso avanzado de fútbol, dentro y fuera del terreno de juego. Tener la suerte de poder jugar a su lado durante muchos partidos me hizo crecer como futbolista. Hablaba continuamente de cómo jugar, de cómo mejorar en cada aspecto. Te mandaba, te corregía... Yo sentía que tenía un pequeño ángel de la guarda al lado que me protegía por si algún día yo fallaba.

Al año de llegar, nuestros caminos se separaron. Yo volví a Inglate-

rra y él fichó por el F.C. Barcelona, el club que yo siempre he amado y con el que soñaba jugar algún día. Lo llamé, lo felicité y le expresé la inmensa ilusión que me hacía que vistiera la camiseta blaugrana. Se lo merecía. Para mí, Gaby era sin lugar a dudas uno de los mejores centrales del mundo y el Barça, el mejor equipo para él.

Después de estar toda esa temporada en el Manchester United sin jugar todo lo que deseaba, tuve la gran suerte de que el F.C. Barcelona se interesase por mí. Las negociaciones iban por buen camino y el acuerdo estaba cerca. Iba a cumplir mi sueño y además volvería a compartir equipo con Gaby. Sin embargo, justo unos días antes de que se anunciara mi fichaje, Gaby se volvió a lesionar de esa maldita rodilla. Fue un golpe muy duro.

Empezó la pretemporada y Carlos Naval, el delegado del equipo, me informó que Gaby había dejado libre el dorsal '3' para coger el '18'. No dudé en quedarme con el '3', mi número preferido y el antiguo dorsal de Gaby. Tenía un enorme significado y era una gran responsabilidad para mí vestir el número que había dejado mi compañero y amigo.

Durante las temporadas que compartimos en el Barça hasta que él decidió volver a Independiente y retirarse allí, ganamos muchos títulos y tuvimos la oportunidad de volver a jugar juntos muchas veces. Siempre fue un lujo jugar a su lado. Desde el primero hasta el último día.

Capítulo I

Los inicios

“Los recuerdos más imborrables que tengo de mi infancia son siempre con una pelota de fútbol. Heredé la pasión de mi papá Jorge, de mi abuelo Antonio, de mi tío Néstor... Si miro para atrás y pienso en esos primeros años de mi vida, me veo jugando al baby-fútbol en Estrella del Sud de Wilde, en la cancha de 7 del club Viejo Bueno de Quilmes, en la esquina de mi casa, ahí en la calle Fleming de Bernal, con mis amigos del barrio... También en el patio que teníamos en el fondo, con mi abuelo, mi viejo y mi hermano. Cómo disfrutaba esas tardes... Jugar a la pelota era lo que más me gustaba hacer. Tenía cuatro, cinco años y cuando la agarraba siempre decía ‘la tiene Barberón, le pega Barberón, gol de Barberón...’. Era la época del Independiente que ganó todo y no sé bien por qué pero yo repetía que era Barberón. A veces, Diego o mi papá me hacían calentar. Cuando jugábamos campeonatos de penales en esos picaditos en casa, yo tomaba una larga carrera y justo en el momento de patear, uno de ellos me decía ‘le pega Trossero...’. La bronca que me daba que me cambiaran el nombre... Me enojaba tanto que agarraba la pelota y me iba a mi habitación. No se jugaba más, ja”.

Pasión desde la cuna

Ya lucía el cabello ensortijado. Era bastante morrudo. Todavía no conocía el significado de una cinta de capitán. A nadie, aún, se le ocurría apodarlo Mariscal. Pero los genes, caprichosos y determinantes, empezaban a forjar desde muy niño esa avasallante personalidad que lo identificó a lo largo de toda su trayectoria futbolística.

Ese fuerte carácter que le sirvió para transformarse más temprano que tarde en líder positivo y referente de todo vestuario que le tocó habitar. Esa calidad y capacidad técnica no tan común para un defensor que lo ayudaron a destacarse desde muy joven y alcanzar lugares tan altos en el mundo del fútbol. Ese fuego interno que necesitó avivar para hacerle frente, en una épica y dolorosa batalla, a las malditas lesiones que se le cruzaron en el camino. Ese carisma o ángel que llevó a que muchos hinchas lo elevaran a la honorable y exclusiva categoría de ídolo del Club Atlético Independiente de Avellaneda. Habrá sido culpa de la genética, quizás, o vaya uno a saber bien el motivo, pero ese hombre, con una pelota bajo su zurda y a través de sus actos, logró el reconocimiento y la admiración de propios y extraños. Hizo historia. Y esta es la historia de un Mariscal.

Nacido el 7 de septiembre de 1980 en la clínica Modelo de la ciudad de Quilmes, el pequeño Gabriel Alejandro estaba predestinado, por herencia materna, a tener su corazón aún más rojo que cualquier otro mortal. Mamá Mirta, heredera de la pasión que le había transmitido su padre Antonio Elizari, socio vitalicio de la institución, empezó a inculcarle en esa infancia sin lujos pero tampoco sin privaciones, el genuino amor por Independiente. “Mi papá era socio de toda la vida y siempre nos llevaba a mí y a mi hermano Néstor a la cancha. Ibamos a la platea Erico, donde él tenía abono”, cuenta ella, orgullosa por aquel nene que varios años más tarde le cumpliría el sueño de ver a un hijo suyo en la Primera del Rojo. ¿De dónde había surgido el fanatismo por Independiente del abuelo de Gaby? “Un tío abuelo mío, Pedro Ucar, fue jugador del club en 1920, en pleno amateurismo”, recuerda Antonio, que hoy tiene 82 años y también es el abuelo de Fernando Elizari, actual futbolista de San Lorenzo y primo hermano de los Milito.

Ante ese panorama, verdaderamente infernal, Jorge no pudo pelear demasiado contra el destino. “Yo era hincha de Boca aunque no tan

HISTORIA DE UN MARISCAL

fanático. No solía ir a la cancha, sí miraba los partidos por TV. Pero al final, mi suegro ganó la pulseada, je...”. Así, papá debió conformarse con hacer boatera a Natalia, la menor de los Milito, quien sin embargo siempre fue hinchada de los clubes en donde luego jugaron sus hermanos. En realidad, lo mismo le sucedió a Jorge y a la familia entera.

Con ese árbol genealógico bien futbolero no extrañó que la pasión se encendiera desde tan pequeño. A los cinco años, unos meses antes de que arrancara primer grado en el colegio Bahía Buen Suceso de Bernal, Gaby comenzó a jugar en Viejo Bueno Fútbol Club de Quilmes Oeste. Categoría 80, el menor de los Milito comenzaba a despuntar el vicio por la redonda con la camiseta azul y la 3 en la espalda mientras Diego, su hermano, hacía lo propio en la 79... En realidad, en los primeros meses, la categoría de Gabriel no se había terminado de armar por una cuestión de edad. Pero nadie podía privarlo de ir a jugar a la pelota. “Nosotros llevamos a Diego y ¿cómo hacíamos para decirle a Gabriel que se tenía que quedar en casa mientras su hermano se iba a jugar al fútbol? Era algo imposible... Por eso, hablamos con el técnico de Diego, quien aceptó hacer jugar a Gaby en la categoría de su hermano mayor durante unos meses mientras se formaba la 80”, aclara Mirta.

Allí, en ese club de barrio, permaneció durante cuatro años. “Fue una etapa muy linda. No era baby-fútbol sino que jugábamos en cancha de fútbol 7, de césped. Nos divertíamos mucho con mi hermano. Los domingos lo hacíamos para Viejo Bueno y los sábados en el papi-fútbol, sobre cemento, en el club Estrella del Sud de Wilde. A esa altura, ya me paraba como defensor, siempre me gustó jugar atrás. No fui de esos chicos que querían ser delanteros pero los mandaban abajo”, describe Gabriel.

El Chamaco es el apodo de quien fuera su primer técnico en Viejo

Bueno: Roberto De Coster. El que lo bautizó así fue justamente Jorge, por los bigotes que usaba Roberto y que lo asemejaban al Chamaco Rodríguez, un ex futbolista de River en los 60. “Gaby, en esos primeros pasos que daba en el fútbol, ya demostraba ser un guerrero. Con nosotros estuvo desde los 5 hasta los 9 años. Ya de tan chiquito resaltaba entre sus compañeros. Sobre todo porque no le gustaba perder. Se volvía loco. Era muy calentón. No soportaba que a su equipo le hicieran un gol. Por eso creo que siempre eligió jugar atrás, para evitar que le convirtieran a su equipo. ‘No nos pueden hacer ese gol’, se quejaba cada vez que el rival la metía”, rememora el Chamaco.

“Con nosotros jugó cuatro campeonatos y ganamos los cuatro. Me acuerdo cuando su papá vino un día con una Pulpo que había comprado para que yo le enseñara a cabecear a Gaby. El padre no podía entender que su hijo quisiera ser defensor, porque a él le gustaba ser delantero y Diego también jugaba adelante. Pero Gabriel era toda una garantía atrás. Si estaba él ahí en el fondo, no pasaba nadie. Sin ser grandote, trababa y ganaba siempre. Y ya era el líder. Por eso le di la cinta de capitán. En los entrenamientos siempre quería correr más, saltar más... Y era de escucharme mucho cada vez que le hablaba. Siendo una criatura ya se notaba que iba a llegar. El día que lo vi jugando el Mundial 2006 se me caían las lágrimas al recordar todo lo que vivimos en aquellos años. Me puse contento porque sus logros en el fútbol se los merecía por la excelente persona que siempre fue”, se emociona.

El partido que más recuerda Gabriel fue una final entre Viejo Bueno y Los Primos, un club de Berazategui. “Era el clásico de la liga”, acota. Su equipo llegaba segundo e invicto a un punto a esa última fecha. Los Primos también estaban invictos pero eran los punteros y con un empate daban la vuelta. “Fuimos en el micro con los chicos

HISTORIA DE UN MARISCAL

y una caravana de 60 autos detrás. Una convocatoria increíble tratándose de un partido de una categoría infantil... Al final ganamos y salimos campeones. Y Gaby la rompió. Tenía siete años”, cuenta el Chamaco.

Alguien autorizado para recordar a Gabriel en su infancia es justamente su hermano Diego, con quien compartía la habitación, algunos juguetes y el amor por la redonda... “Desde muy chico mostré tener mucho carácter. Yo por ser el más grande le hacía bromas y él se terminaba calentando. Una vez no sé qué le hice y salí corriendo por el patio. Como no me podía alcanzar, Gaby me revoleó con un ladrillo que estaba tirado por ahí. Me dejó un gemelo a la miseria... Menos mal que no me dio en la cabeza, je”, cuenta. Igual, más allá de algunas peleas, se llevaban bien. “Teníamos esos enfrentamientos lógicos de hermanos, pero éramos muy unidos. Y lo que compartíamos era la pasión por el fútbol. Salvo unos meses que fuimos compañeros de equipo en Viejo Bueno porque la categoría de él todavía no estaba armada, siempre jugábamos en contra. Con mis amigos en el barrio o en el fondo de casa donde hacíamos un dos contra dos, mi abuelo y yo contra mi viejo y él. Para colmo, yo siempre iba de delantero y él de defensor así que eran duelos memorables. Aunque jamás se nos hubiera ocurrido en aquel momento que ya de grandes íbamos a enfrentarnos en varios Independiente-Racing o en un Inter-Barcelona por semifinales de la Champions League. Algo realmente imposible de imaginar por aquellos años”, comenta Diego, 13 meses mayor que Gaby.

En esos partidos en Viejo Bueno, alguien que solía ir a verlo jugar, además de su papá Jorge, era su tío Luciano. Y el propio Diego recuerda una anécdota: “Mi tío le decía ‘zurdo’ siempre. Y cuando iba a los partidos, le gritaba desde afuera ‘meté, zurdo’ y Gaby automáticamente iba y le daba una patada a algún rival, jaja... Era la palabra clave”.

Para la familia siempre resultó extraño que Gabriel haya salido más hábil con la pierna izquierda porque no se registran antecedentes cercanos de zurdos. Eso sí, para escribir siempre fue diestro.

Cuatro años después, ya a comienzos de 1991 y con apenas 10 años, Gabriel empezó a entrenarse en las Infantiles de Independiente. Pero la alegría por ir a jugar al club del cual era hincha no le duró demasiado. Como su hermano Diego se había ido a probar a Racing (incentivado por Pablo, un primo mayor fana de la Academia que también jugaba al fútbol y lo convenció), la idea de la familia era que ambos compartieran club por una cuestión de logística y de organización. “Era muy complicado para nosotros que ellos estuvieran en clubes distintos. Uno se entrenaba en el Cinturón Ecológico de Domínico y el otro en Ezeiza. Imaginate... Nos resultaba mucho más cómodo que los dos fueran y vinieran juntos. Prácticas o partidos justo a la misma hora generaban que nos tuviéramos que dividir con mi mujer. Ella solía acompañar a Gaby y yo me iba con Diego. A veces nos alternábamos. Era todo un lío para poder organizarnos”, explica Jorge.

Por ese motivo, Gabriel, que era el más chico y hacía pocas semanas jugaba en el Rojo, debió cruzar de vereda para acompañar a su hermano a Racing, donde ya estaba fichado. Claro que, primero, mamá Mirta tuvo que convencer a Néstor Rambert, el tío de Sebastián e histórico técnico de las Infantiles de Independiente. “No me olvido más de aquella charla. Vino a hablarme en forma muy correcta y me explicó que necesitaba sacar a Gabriel del club porque para ella, como madre, era imposible poder estar en dos lugares al mismo tiempo. Como él era un nene, hacía poquito que estaba con nosotros y en pre-infantiles aún no estaba fichado por el club, accedimos al pedido, que era lógico por cierto. Otra cosa no podíamos hacer, era razonable lo que nos decía”, cuenta Néstor, conocido en el ambiente del fútbol como Chanana.

En esos casi tres años en los que vistió la camiseta de Racing, Gaby

comenzó rápidamente a destacarse dentro de su categoría. Miguel Gomis, su entrenador en la Academia, lo evoca con sumo afecto: “Ya en ese momento, siendo apenas un niño, la imagen que mostraba Gabriel era como la de El Gran Capitán. Salía jugando con la cabeza levantada, el pecho inflado... Tenía una personalidad que asombraba por su edad. No parecía un nene de 10, 11 años, por su postura, sus actitudes y sus decisiones tanto dentro como fuera de la cancha. En la gente quedó grabada aquella famosa pelea que tuvo con Diego en un clásico de Primera, en el que discutieron delante de todo el mundo. Pero cuando la categoría 80 de Gaby enfrentaba en las prácticas a la 79 de su hermano, yo era testigo de cómo Gabriel lo marcaba y le metía tan fuerte como si enfrente hubiera cualquier otro rival. No le importaba que fuera Diego... Uno que vio pasar tantos chicos tenía la certeza de que, salvo algún imponderable, iba a llegar a Primera División. Desde pequeño ya era un ganador nato y no le gustaba perder ni en un entrenamiento. Además les transmitía eso a sus compañeros, contagiaba..”.

El Diablo metió la cola...

Su temperamento y su inteligencia para entender el juego no pasaron inadvertidos para muchos cazadores de talentos precoces. Pero su destino estaba marcado... En la última fecha de Infantiles del año 1993 se disputó el clásico de Avellaneda. Milito la rompió contra el Rojo y Rambert, que ahí lo vio de nuevo pero esa vez desde el banco de suplentes de enfrente, no tuvo dudas de que tenía que volver a la carga para intentar llevárselo a Independiente. El azar quiso que unos días después de ese partido, Chanana se encontrara al papá de Gabriel, quien le explicó que en las Inferiores de Racing las cosas no andaban bien, que había muchos problemas... Ahí aprovechó la ocasión y le pidió que le llevaran al chico a Domínico porque él lo quería. “Le

dije que si conseguía el pase libre de Racing, me lo trajera que yo lo fichaba inmediatamente para la Pre-Novena”, cuenta Rambert.

Cuando Jorge volvió a casa y le comentó a su mujer la charla que había mantenido con Chanana, la voz del nene se hizo escuchar. “Mamá, papá, yo quiero ir a jugar a Independiente”, se plantó frente a sus padres, quienes no estaban muy convencidos del cambio porque eso implicaba separar a los hermanos. Aunque también eran conscientes del sentimiento que ya demostraba Gaby por el Rojo y la incomodidad que le provocaba tener que lucir la camiseta del eterno rival. Su opinión finalmente tuvo peso. Sus padres lograron el pase libre de Racing y de esa manera, con apenas 13 años, Gabriel le hacía el primer guiño cómplice al club de sus amores. “A fin de año, Gaby ya estaba de vuelta con nosotros. Por suerte, se dio todo muy rápido. Y yo sentí un alivio grande porque lo pudimos recuperar”, confiesa Rambert.

En la otra vereda sufrieron su alejamiento, por supuesto. “Lamenté mucho cuando se fue de Racing. Pero sabía que no era culpa ni responsabilidad mía. Por suerte tuve la fortuna de dirigir luego a Diego en la Séptima, en Inferiores. Pero conservo un gran recuerdo de Gabriel. Valoro mucho su costado humano. Todavía guardo en mi casa una camiseta del Juvenil y el brazalete de capitán que él me trajo años después en señal de agradecimiento por haberlo dirigido”, se enorgullece Gomis.

Enero del 1994 marcó el punto exacto de su arribo oficial y definitivo a Independiente. Casi no tuvo tiempo de conocer las instalaciones de los predios de Wilde y de Villa Domingo. Una vez fichado en la AFA, integró el plantel de Novena División del Rojo que viajó ese verano a Alegrete (Brasil) para disputar un torneo juvenil internacional. Ese equipo era dirigido por Jorge Rodríguez, ya fallecido, pero Rambert puede dar precisiones de aquel grupo: “Era una buena categoría reforzada por Gaby y otros muchachos que llegaron y que

HISTORIA DE UN MARISCAL

venían de estar con él en Racing, como Zamolgilny, Maidana... Pero Milito le dio un salto de calidad a ese plantel. Recuerdo que apenas empezó a entrenarse ya mandaba, era la voz del grupo, una cosa de locos... Hace 30 años que me dedico a esto y he visto pasar a miles de pibes. Realmente debo afirmar que conocí muy pocos con la mentalidad ganadora de Gabriel”.

Su personalidad, esas ansias por superarse día a día, quedaba demostrada en cada gesto, en cada nuevo acontecimiento... “Recuerdo que hacía poco lo habían subido de categoría. Y en el primer partido, el técnico lo llevó al banco. Gabriel llegó a casa llorando. Al verlo así y conocer el motivo, le pregunté: ‘¿vos preferías estar de titular en tu anterior categoría o suplente en una más arriba como estás ahora?’”. Era un nene, pero paró de llorar y nunca más habló del tema”, cuenta Jorge. Claro, ya desde chico, Milito se acostumbró a ser titular en todo equipo que integró. Una constante que, salvo algunas excepciones, se repitió a lo largo de toda su carrera.

En Brasil, entonces, más precisamente en Alegrete, debutó con la 6 del Rojo. Más allá de su posterior historia en Europa y de que en su segunda etapa utilizó la N°18, abrazó simbólicamente esa camiseta y ese número. Como si a partir de ahí no hubiese podido ni querido separarse jamás. “Fue mi primer viaje fuera del país y encima con Independiente para jugar un torneo de fútbol. Era toda una experiencia nueva para mí. En ese campeonato perdimos en semifinales contra Gremio, donde jugaba Ronaldinho. Era flaquito, chiquito, pero ya se notaba que era un jugador diferente”, detalla.

Ese año, en el que comenzó sus estudios secundarios en el colegio Kennedy de Wilde, el Independiente de Miguel Angel Brindisi dio la vuelta olímpica en el torneo local y en la Supercopa. Y Gaby lo vivió como un fanático más: “Son los dos títulos del Rojo que más recuerdo haber disfrutado desde el lugar de hinchas. El 4 a 0 a Huracán de

la última fecha lo viví desde la Erico con mi abuelo. Fue impresionante... Y el 5 a 1 a Gimnasia en La Plata, la semana anterior, fui a la popular visitante también con mi abuelo Antonio. El viejo es fanático pero de los que no hay y me trasladó esa pasión contándome historias pasadas. Me acuerdo que en el 95 se fue al Maracaná para la final de la Supercopa con Flamengo. Iba a todos lados”. Sobre esa copa internacional que obtuvo el Rojo al vencer al Boca de Menotti, apela al análisis: “El partido de ida de la final se jugó en la Bombonera y fuimos con mi viejo y mi abuelo. Fue un 1 a 1 pero, por cómo se dio el juego, hay que reconocer que la sacamos barata. Y después estuve en la platea en Avellaneda, cuando dimos la vuelta con ese golazo de Rambert, definiendo por arriba de Navarro Montoya. Además de los títulos, ese año estaba muy feliz porque ya jugaba en las Inferiores del club”.

Tras aquel torneo en Brasil arrancó su escalada por las distintas categorías del club. Esteban Cambiasso, ex compañero en Independiente y la Selección y uno de los mejores amigos que le dio el fútbol, rememora sus duelos con Milito de Inferiores. “Jugábamos en contra. El para Independiente y yo para Argentinos. Recuerdo que eran partidazos en cada categoría en la que nos enfrentábamos porque los dos teníamos muy buenos equipos. Desde chiquito se veía que Gaby era un jugador distinto, cómo anticipaba, cómo salía jugando... Era de agarrar la lanza y pasar al ataque. Un líder”, agrega el Cuchu. Que tenía pinta de crack no sólo era algo que notaban sus rivales. También lo percibió el ojo clínico de un tal José Pekerman...

Para Milito / la Selección...

A fines de septiembre de 1995, pocas semanas después de cumplir los 15 años, recibió el primer llamado para practicar con la Selección Juvenil. Pekerman y Hugo Tocalli, su ayudante de campo, lo

HISTORIA DE UN MARISCAL

habían descubierto en un partido de Octava, pocos meses antes. La convocatoria era para comenzar a entrenarse con el Sub 17 que se preparaba para el Sudamericano de la categoría, a disputarse 16 meses más tarde en Encarnación, Paraguay. La alegría por la citación al seleccionado se detuvo bruscamente y mutó a desconcierto cuando se sometió a los chequeos médicos de rutina que estipulaba la AFA. En un estudio cardiológico se le detectó una arritmia cardíaca que preocupó bastante a la familia Milito. En realidad, más específicamente, la anomalía se denominaba Wolff Parkinson White y provocaba un ritmo irregular de los latidos cardíacos. Luego de unos controles más exhaustivos, que duraron unos interminables dos meses, se llegó a la conclusión de que esa afección, congénita, no conllevaba un riesgo para la práctica de un deporte de alta competencia y ahí pudo volver a los entrenamientos con absoluta normalidad. “Mi familia se asustó. Hasta ese momento no sabíamos que tenía ese problema. Pero me quedé tranquilo cuando me sometí a un montón de estudios y todos los resultados dieron bien. Yo sabía que eso no me iba a impedir ser futbolista profesional”, explica. “Fue una noticia terrible en ese momento porque nosotros no sabíamos nada de eso. Nunca tuvo un síntoma, jamás, en los años anteriores. Por suerte no fue algo grave”, agrega Mirta.

En aquel torneo, el primero que jugó con la celeste y blanca del seleccionado, Milito fue designado capitán por José. En ese Sub 17 quedó demostrado que se estaba en presencia de un jugador diferente, ya que él era uno de los más chicos entre los integrantes de aquel plantel pero con una madurez que sorprendió gratamente al cuerpo técnico a tal punto de otorgarle la capitania. “Tenía el perfil para ser el capitán de ese equipo. Serio, maduro, muy responsable... Las características que Gabriel demostró cuando llegó a Primera eran las mismas que ya mostraba con apenas 15 años. Mucha capacidad

técnica, criterio para salir jugando, gran anticipo...”, enumera José Pekerman. En el primer partido, contra Venezuela, Gaby marcó uno de los goles para el 6 a 0 final. “En Inferiores era de hacer goles de vez en cuando, por lo general de tiro libre o de penal”, recuerda.

“Hablar, gritar y ordenar es mi forma de sentir el fútbol. Es un orgullo, además, llevar esta cinta en el brazo”, contaba el joven Gabriel en una de sus primeras notas periodísticas, publicada durante ese torneo en el diario La Nación. Aquel equipo, integrado entre otros por Franco Costanzo, Guille Pereyra, Luis Zubeldía, Luciano Galletti y Ernesto Farías, finalizó segundo detrás de Brasil y logró la clasificación para el Mundial de la categoría, a disputarse en Egipto, en septiembre de ese año. “Perdimos el partido decisivo de una manera increíble. Con el empate, los campeones eran ellos. Recuerdo que ganábamos 1-0 pero Brasil lo dio vuelta faltando 15 minutos. La bronca que tenía no me la olvido más”.

En ese certamen, Walter Nelson, el relator de las transmisiones televisivas, lo bautizó como “El Mariscal”, el apodo que llevaría a lo largo de toda su carrera y que aludía a Roberto Perfumo. “Para mí era un honor que me llamaran así, como a uno de los mejores defensores de la historia del fútbol argentino”, afirma. En la carpeta con archivos periodísticos que Milito atesora en su casa, figura una emotiva nota que le dedicó Perfumo cuando se frustró el pase al Real Madrid. El artículo, titulado “Carta de un león a otro”, salió publicado esa semana de julio del 2003 en la contratapa del diario Olé.

Meses después, ya en el Mundial de Egipto, Gaby volvió a lucir el brazalete de capitán e integró el 11 ideal del torneo según dio a conocer después la FIFA. Sin embargo, en lo colectivo no hubo mucho para festejar. Argentina fue eliminada en los cuartos de final y el verdugo resultó ser nuevamente Brasil. “Nos dio muchísima bronca quedar afuera justo con los brasileños, que para colmo salieron

HISTORIA DE UN MARISCAL

campeones del mundo al vencer a Ghana en la final. Para ellos jugaba nuevamente Ronaldinho, que ya era un fenómeno. Sin embargo, más allá del resultado deportivo, fue una experiencia bárbara. Ese Mundial significó el primer acercamiento al mundo profesional, algo totalmente desconocido para nosotros. Los sponsors que había, las canchas con tanto público... Creo que nos sirvió de mucho a todos los que integramos aquel plantel”, recuerda a la distancia.

Para José, Milito fue uno de sus principales jugadores en aquellos años de Inferiores. Una vez finalizado el Mundial Sub 17 volvió a convocarlo para la Selección Sub 20. “Si siempre fue citado a las distintas selecciones juveniles que dirigí fue porque mantuvo un nivel de rendimiento muy alto que iba de la mano de su profesionalismo y su seriedad. Era un chico muy inteligente fuera de la cancha y esa virtud también la mostraba dentro del campo de juego”, sintetiza.

Mientras alternaba sus entrenamientos entre el predio de Villa Dómínico y el complejo de la AFA en Ezeiza (“lunes, martes y miércoles practicaba con la Selección y jueves, viernes y sábado me sumaba a mi club”, detalla), Milito iba sumando una incalculable experiencia pese a su corta edad. Capitán en un lugar y en otro, elogiado acá y allá, avanzaba a pasos agigantados y el ansiado debut en Primera División ya comenzaba a avizorarse en el horizonte...

Capítulo II

Aparición y consolidación en Primera

“Llegar a ser un futbolista profesional, jugar en Primera División y dedicarme 100% al fútbol, mi pasión desde chico, era el sueño que siempre tuve desde que arranqué en las Inferiores. Lo que me más interesaba era avanzar en mi carrera pero sin apurarme, ponerme objetivos cortos y tratar de cumplirlos. No quería quemar etapas y por eso todo mi primer ciclo con la camiseta de Independiente lo disfruté muchísimo y lo viví a pleno. Y la frutilla del postre fue haber salido campeón con el club del cual yo era hincha. Las cosas que viví en Independiente fueron inolvidables, no sólo por lo deportivo sino por todo el cariño que recibí de parte de la gente. Esas vivencias y esas demostraciones de afecto te quedan marcadas a fuego, para toda la vida”.

Se terminaba el año 1997. Faltaban cuatro fechas para la finalización del torneo Apertura cuando Ricardo Gareca dejó de ser el técnico de Independiente. La dirigencia del club, conducida por Héctor Grondona, designó a Jorge Gordillo, a cargo de la Reserva, como entrenador interino para el último tramo del campeonato mientras ya se negociaba el retorno de César Luis Menotti. En ese entonces, Milito, con 17 años, se desempeñaba en la Reserva desde su regreso del Mundial Sub 17 de Egipto, a fines de septiembre. Hasta ahí era un año soñado para él: había jugado el Sudamericano y el Mundial con la Selección Juvenil y había saltado de Sexta a Reserva en Independiente, sin escalas. ¿Podía pedir algo más?

Sin embargo, en vísperas de Navidad, el destino le tenía preparada

una sorpresa más. El 21 de diciembre, por la última fecha del torneo, el Rojo recibía la visita de Ferro. Y para ese partido, Gordillo incluyó a Gabriel en la lista de concentrados. Aunque no era la primera vez que eso ocurría. “Antes de que Gareca se fuera, en la previa a un partido contra Colón por el campeonato local, yo me estaba entrenando en Ezeiza con la Selección y Pekerman me llama aparte y me avisa que tenía una buena noticia para darme: ‘tenés que irte ya a Independiente a buscar la ropa porque estás citado para concentrar esta noche’. Yo no lo podía creer, no entendía nada porque nunca había practicado con la Primera. Pero Gareca iba a llevar a algunos pibes para ese partido porque había guardado a varios titulares para otro encuentro definitorio que tenía contra Colón, unos días después, para entrar a la Copa Libertadores. La cuestión es que me fui directamente de Ezeiza a Domínico, donde Gustavo Sánchez, el coordinador del plantel, me dio la pilcha para concentrarme y de ahí encaré derecho hacia el Hotel Continental, donde esa noche compartí la habitación con Marito Turdó. Al final fui al banco pero no tuve la chance de ingresar. Igualmente fue una experiencia muy positiva para mí, como cualquier chico estaba atento a todo”, explica con lujo de detalles. Al otro día, el viernes 28 de noviembre, Independiente derrotó a Colón por 2 a 1 con un gol del debutante Amaya.

Para el mencionado encuentro contra Ferro, la historia, en cambio, tendría un final feliz. “La primera vez que vi en acción a Gaby fue cuando retornó del Mundial Juvenil. Recuerdo que fue un ensayo de fútbol entre la Reserva que yo dirigía y los suplentes de la Primera. Y quedé impactado. Me sorprendió muchísimo lo bien que jugaba. Yo miraba el partido y decía íntimamente: ‘Pero no puede ser, este pibe hace todo bien...’. Era increíble porque no se equivocaba nunca en los pases, en la marca no lo superaba nadie, ordenaba, salía jugando... Y como si eso fuera poco, además jugaba con una tranquilidad

HISTORIA DE UN MARISCAL

que parecía un veterano y no un pibito de 17 años”, hace memoria el “Tapón”. Que figurara nuevamente entre los concentrados, junto a futbolistas que él admiraba como Daniel Garnero, Pablo Rotchen o Guillermo Ríos, ya significaba demasiado premio para él. “Era increíble. Yo me conformaba con eso, si después debutaba o no era relativo. Era chico y todavía tenía tiempo para mi estreno en Primera”, dice. Hasta que llegó el domingo y ese pibe de rulos que ya pintaba para crack se sentó otra vez en el banco de los suplentes. “Mi idea era hacerlo debutar en alguno de esos cuatro partidos que me tocaba dirigir al primer equipo. Si bien era chico, yo lo veía preparado para asumir esa responsabilidad. En los primeros encuentros, contra River, Central y Lanús, no se dio la posibilidad pero sí pude llevarlo al banco contra Ferro”, acota Gordillo.

A los 41 minutos del segundo tiempo, con el partido ya liquidado (el Rojo ganó 2-0 con goles de Cristian Díaz y Ezequiel Amaya), Milito ingresó con la número 28 en la espalda por Guillermo Ríos y compartió la zaga con Rotchen. “Sólo le dije ‘pibe, entrá y jugá como vos sabés’. Con el tiempo me di cuenta de que fue un cambio simbólico. Salía el Luli, toda una institución, que ya estaba en el final de su carrera, y entraba Gabriel, que era el futuro...”, señala Gordillo. Para Milito fue tocar el cielo con las manos: “La verdad es que no estaba nervioso cuando me tocó entrar porque había recibido el aliento y el apoyo de todos mis compañeros. Fue una sensación terrible, hermosa, una plenitud difícil de explicar con palabras... Ese año, el 97, fue uno de los más trascendentales de mi carrera deportiva y uno de los que recuerdo con mayor cariño porque jugué un Sudamericano y un Mundial con la Selección Juvenil y llegué a debutar en la Primera de Independiente. Más no podía pedir...”. Era el comienzo de su carrera en forma oficial. El primer mojón de un largo recorrido. Un sueño cumplido. Aunque vendrían otros...

Para el arranque de 1998, la Comisión Directiva contrató nuevamente a César Luis Menotti, tras su efímero paso por la Sampdoria de Italia. Milito no formó parte del plantel profesional que viajó a Mar del Plata para realizar la pretemporada porque ese verano fue a disputar el Mundialito Juvenil, un torneo en el Campus de Maldonado de Uruguay, más precisamente con el Sub 20 que se estaba armando para el Sudamericano del año siguiente. “Eramos cinco selecciones y salimos campeones. Una de ellas era la de España, en la que jugaba Xavi. Le ganamos la final a Brasil por 3 a 2 con un golazo en el último minuto de Pirulo Rivarola de tiro libre. Fue una locura. Lo viví como una especie de revancha por las dos derrotas con ellos del año anterior, en el Sudamericano y el Mundial Sub 17”, afirma.

Con el Flaco, en ese primer semestre del año, casi no tuvo chances de jugar. Sólo disputó un partido: en la anteúltima fecha, en un 3-2 a Central en el que jugó los 90 minutos. Durante ese Clausura estuvo afectado un buen tiempo a la Selección de Pekerman. En mayo integró el Juvenil que fue campeón en el torneo Esperanzas de Toulon, en Francia. Menotti, en ese momento, además de tenerlo poco a disposición por los compromisos de Milito con el Juvenil, consideraba que le faltaba estatura para ser zaguero central (Gaby medía 1,78 metro) y por eso solía ubicarlo como lateral por izquierda en el equipo de los suplentes, en las habituales prácticas de fútbol con los titulares. Incluso, el segundo partido de Gaby en Primera con Menotti fue de tres, en lugar de Cristian Díaz, el 26 de agosto, en la reanudación del encuentro contra Racing que unos días antes había sido suspendido por un corte de luz en la Doble Visera. Unos 15 días antes de ese clásico, había hecho su debut oficial internacional con la camiseta del Rojo en un partido contra la Universidad de Chile, en Santiago, por la Copa Mercosur. En ese encuentro a Gaby lo expulsaron a los 29 minutos de juego y actuó como segundo central. Allí, en el Estadio

HISTORIA DE UN MARISCAL

Nacional recibió la primera de las cinco rojas que vio en su carrera en Independiente. “Lo que siempre me sorprendió de él, más allá de sus enormes cualidades técnicas, era su madurez, su perfil de líder. Uno no parecía estar hablando con un chico de menos de 20 años... Siempre dije que estábamos en presencia de un futbolista joven con mucho futuro y con el aplomo propio de un veterano”, lo recuerda César Luis.

De a poco, al notar su jerarquía, su calidad y su buena técnica para intentar salir jugando, Menotti empezó a darle más oportunidades, ya como zaguero central, y Gaby terminó alternando en el puesto en los últimos meses de aquel año. Pero 1999, especialmente a partir del segundo semestre, sería el momento de su afianzamiento y consolidación en Primera. Ahí sí comenzó a verse a Milito casi siempre entre los 11 titulares.

Ese año 99 lo arrancó con el pie derecho: en enero se consagró campeón con el Sub 20 en el Sudamericano de la categoría, que se desarrolló en aquel verano en Mar del Plata. Ese título clasificó al seleccionado al Mundial de Nigeria, a celebrarse en abril. “En la Copa del Mundo no nos fue bien... Quedamos eliminados en octavos de final al perder 4 a 1 con México, donde la gran figura era Rafa Márquez”, cuenta. En aquella Selección compartió equipo con Esteban Cambiasso, ya compañero suyo en Independiente, y Daniel Montenegro, quien lo sería al año siguiente. “Salvo por el resultado en el Mundial Juvenil, el 99 fue un muy buen año para mí. Empecé a lograr mayor continuidad en el equipo titular y siento que fui ganándome de a poco el cariño de los hinchas de mi club”. También comenzó a recibir los elogios de la prensa en general, que le auguraba un futuro en Europa y en la Selección Mayor. Y de a poco ya iban surgiendo sondeos preguntando cuánto valía el 6 del Rojo y de la Selección Juvenil. Era un Milito más asentado en Primera desde todo punto de

vista. En el vestuario se apoyaba mucho en dos tipos de experiencia como Daniel Garnero y Fabián Carrizo. “El Dany y Fabi fueron dos personas de las cuales aprendí a cómo debía manejarme en un vestuario. Me enseñaron muchísimo, eran dos grandes referentes para mí”, remarca.

Las campañas de Independiente por aquellos años alternaban entre regulares y mediocres, para no decir malas. Hubo que esperar recién hasta el Clausura 2000 para poder ver a Milito peleando un título con la camiseta del Rojo. Aquel equipo terminó subcampeón. Dirigido por Enzo Trossero, tenía en sus filas a Faryd Mondragón, Jorge Martínez, Cristian Díaz (era el capitán), Alfredo Raúl Cascini, Esteban Cambiasso, Rolfi Montenegro y su hermano Ariel, Diego Forlán y Bruno Marioni. Después de un bache que sufrió el equipo a mediados del campeonato, en el que perdió tres encuentros consecutivos, se recuperó y terminó peleando bien arriba con el River de Américo Gallego, que finalmente salió campeón. El partido clave fue contra Colón, en la fecha 17. El Rojo venía embalado pero cayó 3 a 2 de local en un encuentro con mucha polémica por la supuesta mala inclusión de Esteban Fuertes en el equipo rival. Más allá de no haber podido dar la vuelta olímpica, ese Independiente, después de tantos torneos sin invitar a la ilusión, generó un entusiasmo distinto en la gente. “Se armó un muy buen grupo humano. Es más, de ese equipo sigo en contacto con varios compañeros, como Cuchu, Cachavacha, Rolfi, Ariel, Cris... Eramos todos chicos casi de la misma edad. Y esa buena onda que había afuera se notaba en la cancha. Quizá nos faltó mayor regularidad para pelearle el campeonato a River, que tenía un gran equipo”, analiza Gabriel.

En ese Clausura 2000 llegó el primer gol de los dos que Milito convirtió oficialmente para Independiente (el otro fue a San Lorenzo en el Apertura de aquel año, el día que le anularon un gol de tiro libre

HISTORIA DE UN MARISCAL

porque era indirecto). Fue una noche contra Argentinos, en un 8-1 histórico en la Doble Visera. La particularidad es que sus dos goles para el Rojo los metió con la camiseta suplente, la blanca. Contra el Argentinos de Chiche Sosa, entrando por el segundo palo, la empujó al arco vacío tras un córner ejecutado por Ariel Montenegro que el arquero Raúl Sanzotti no alcanzó a despejar. “No sabía bien cómo festejarlo. Si bien el gol no era lo mío, convertir por primera vez en Primera División y delante de tu propia gente, era una gran felicidad”. Ese partido tuvo un condimento especial: fue su estreno con la cinta de capitán. Y el que lo decidió fue nada menos que Trossero. “Por la edad que tiene, Milito va a ser superior a mí”, aseguraba el Vikingo, en declaraciones periodísticas, unos meses más tarde.

Ese buen torneo fue un aliciente después de haber participado a principios del 2000 con la Selección Sub 23 en el Preolímpico de Londrina (Brasil). El equipo argentino dirigido por Pekerman era un cúmulo de estrellas (Riquelme, Aimar, Saviola, Cambiasso) y fue apodado como el Dream Team pero no logró el objetivo de obtener una de las dos plazas para los Juegos Olímpicos de Sydney de ese año. No alcanzó a disminuir su desazón el hecho de haber sido uno de los pocos que se salvaron de aquella frustrante eliminación, según la crítica de la prensa que asistió a dicho torneo.

En septiembre de ese año, ya en el Apertura 2000 y con Osvaldo Piazza como entrenador, se hizo público el interés del Zaragoza por contratarlo. Como se filtró que la dirigencia, presidida por Pedro Iso, estaba dispuesta a venderlo para mejorar la alicaída economía del club, la gente explotó en contra de la medida en un partido contra Vélez, en Liniers. “Milito no se va, Milito no se va”, cantaron varias veces durante los 90 minutos. Y un grupo de hinchas colgaron una bandera significativa, con un fuerte mensaje: “Milito = ¿5.000.000? Samuel = 20.000.000. Esto no es Racing”. El trapo, en alusión a la

transferencia récord del defensor de Boca a la Roma de Italia unos meses atrás, es recordado por el defensor: “Fue muy fuerte la posición que tomaron los hinchas. Me reconfortó muchísimo tanto afecto. Finalmente, le dije que no al Zaragoza. No sentía que fuera el momento del salto a Europa”.

Ya en los comienzos del 2001, más precisamente el 25 de marzo, Milito vivió uno de los peores momentos en sus 15 años de carrera profesional. Un mal movimiento al pisar tras un salto, en pleno partido contra Rosario Central en Avellaneda, le produjo la rotura del ligamento cruzado anterior de la rodilla derecha. Pero esa historia estará desarrollada en otro capítulo de este libro, dedicado a sus lesiones. “Fue una pena porque yo sentía que estaba en el mejor momento de mi carrera. Creo que en esa etapa llegué al pico máximo de mi rendimiento en Independiente, más allá del torneo del 2002 en el que logramos el título. Piazza era el técnico y recuerdo que los resultados no fueron de la mano con el buen rendimiento que mostrábamos. Además, tres meses antes de romperme, en diciembre del 2000, más precisamente, había sido convocado por primera vez a la Selección Mayor que dirigía Marcelo Bielsa. Jugamos un amistoso con México en Los Angeles, fui titular y ganamos 2 a 0. Por eso fue tan inoportuno lesionarme”, se lamenta.

Esa lesión, que sepultó sus chances de pelear un puesto para el Mundial del año siguiente, le impidió jugar hasta fines de ese 2001, cuando regresó contra Boca en la Bombonera, en un 5 a 3 favorable para los de Bianchi. Una recaída y una posterior intervención -también explicados en otro capítulo del libro- dilataron su recuperación hasta mediados del 2002. Se venía el Apertura. Independiente había finalizado el Clausura en la última posición por primera vez en sus casi 100 años de vida e iba a comenzar el siguiente torneo apremiado increíblemente por el promedio, algo inédito en su historia...

HISTORIA DE UN MARISCAL

Poco antes del inicio del nuevo campeonato ocurrió uno de los hechos que mejor ejemplifica su sentido de pertenencia con el club. El 30 de junio del 2002, Milito iba a quedar libre, con el pase en su poder, porque venía de actuar dos años sin renovar su contrato. Su representante en aquel entonces, Eduardo Gamarnik, estaba negociando con la dirigencia desde hacía un buen tiempo pero no podían arribar a un acuerdo. En el medio, claro, había varios clubes europeos interesados en contar con los servicios del joven defensor, entre los que se encontraban el Olympique de Marsella (llegó a enviarle los pasajes a su casa para que viajara), el Zaragoza de España (siempre se mantuvo al acecho), el Cagliari de Italia y el Bayer Leverkusen de Alemania (lo tentó con un jugoso contrato y hasta se reunieron con él en Buenos Aires). Sin embargo, cuando parecía que el camino indefectiblemente concluiría con su libertad de acción, el propio jugador torció el rumbo al arreglar su nuevo vínculo con Independiente cuando faltaban menos de 20 días para desvincularse profesionalmente de la institución.

“Privilegié mi sentimiento. Algunos decían que estaba loco, que era la oportunidad de irme a Europa sin que el club comprador negociara con Independiente, pero yo agarré a mi mujer Silvina, que en ese momento era mi novia, y le dije ‘hay dos caminos: irnos ahora saliendo libre del club o firmar y quedarme en Independiente para probar suerte en el fútbol europeo más adelante’. Ella opinó que era una decisión que tenía que tomar yo y la verdad es que no lo dudé. Fui y acepté firmar. Para una venta iba a tener tiempo. Además quería irme una vez que ganara algo en el club. Y no podía hacerle eso a Independiente que fue vital para mi carrera, más allá de ser hinchas”. Ese gesto, super valorable y que lo define como persona, es el que muchos mencionan a la hora de fundamentar su idolatría por el Mariscal. Tuvo la puerta abierta para irse por negligencia dirigencial y

él mismo la cerró y se quedó pese a las propuestas seductores que había recibido de otros clubes. Incluso existe un dato poco conocido pero igual de relevante: cuando el defensor decidió firmar su contrato lo hizo por los dos años anteriores, los que no había arreglado. Nada más. Es decir que disputó la temporada 2002/03, la del título, nuevamente sin tener cerrado su vínculo con la institución.

Ya solucionada su situación contractual, sólo debía pensar en ponerse a punto para el nuevo torneo. A la hora de armar el equipo, con la importantísima colaboración del empresario Daniel Grinbank, el entrenador Américo Gallego no pidió ningún zaguero central izquierdo porque confiaba en la recuperación de Milito, a quien consideraba pieza clave de su columna vertebral. Tanta fe le tenía que en esa pretemporada no dudó al mantenerlo como capitán del equipo, condición que Gabriel ostentaba desde fines del año 2000, cuando heredó la cinta que Cristian Díaz dejó vacante al irse a Europa. “¿Milito? Palabra mayor. Con él me pasó algo que no me había ocurrido nunca en mi carrera como técnico: llegar a un club, encima un grande como Independiente, y ver que el referente, el que mandaba en el vestuario, era él, un pibe de ¡21 años! Era el caudillo y mirá que en ese plantel había cada nene... Gaby se encargaba de armar todo, manejaba el vestuario, tenía ascendencia sobre sus compañeros, era la voz de mando... Y dentro de la cancha qué te puedo decir... Ese equipo atacaba como loco y él se bancaba solito atrás todos los mano a mano. Impasable”, lo describe el Tolo.

Con Gallego como entrenador, uno de los capítulos más inolvidables de la historia de Gaby estaba por empezar a escribirse: “De entrada nos ilusionamos con pelear el campeonato porque habían llegado varios jugadores importantes. Del equipo del torneo anterior continuaban el Pochito Insúa, el Cholito Guiñazú, el Cuqui Silvera, Toti Ríos y Pichi Franco. Después, eran todos nuevos. Sabíamos que

HISTORIA DE UN MARISCAL

era importante arrancar ganando para sacarnos la presión del promedio de encima, aunque en realidad nadie pensaba en eso. Igual, más allá de que otros clubes estaban muy bien armados, yo tenía la sensación, el presentimiento, de que íbamos a ser campeones. Cada vez que logré un título en mi carrera lo percibí antes, es como que te das cuenta, flota esa sensación en el ambiente, no sé bien cómo explicarlo... Es como que ese equipo tenía que ser campeón”.

En esa pretemporada invernal en la ciudad de Necochea, Gabriel supo que iba a ser “su” torneo. La rodilla ya respondía perfectamente, los trabajos de fuerza ordenados por el preparador físico Jorge Fleita los podía realizar sin ningún tipo de inconveniente y de a poco iba logrando el ritmo y el timing que lo caracterizaba antes de la lesión. “En esa pretemporada, volaba. Nunca afronté un torneo mejor preparado en lo físico y en lo mental”, afirma. Claro, antes de comenzar con los trabajos de preparación, en pleno período de vacaciones, apostó a realizar un reacondicionamiento especial con el Profe Fleita, a quien aprecia enormemente. “El Profe era y es un fenómeno. De los mejores tipos que conocí en el ambiente del fútbol y de los más capaces. No tuve vacaciones en ese receso porque él estuvo conmigo para ponerme diez puntos. Entrenábamos todos los días. Un gran profesional que en ese equipo campeón fue clave no sólo por cómo nos preparó físicamente sino por el factor humano: era fundamental para el grupo, nuestro sostén”.

Por cómo estaba conformado ese equipo, con tantos jugadores con vocación ofensiva, y por la propuesta futbolística que pregona el propio entrenador, él como defensor tenía que estar preparado para aguantar atrás. “Ese Independiente fue uno de los equipos más ofensivos que integré en mi carrera. Metimos 48 goles en 19 fechas. El Cuqui, una fiera, fue el goleador del campeonato. Pero todos iban para adelante, todos hacían goles. El equipo no paraba de atacar. Yo

digo que era un equipazo porque había variantes. Hacíamos daño por abajo, de pelota parada, los laterales pasaban siempre al ataque, Pusineri terminaba todas las jugadas adentro del área como un delantero más, Fede Domínguez lo mismo, el Pocho se tiraba del medio hacia la izquierda y Rolfi del medio hacia la derecha y muchas veces quedaban parados como extremos... Tenía una dinámica y un volumen de juego muy alto. Por eso considero que fuimos justos y merecidos campeones”, asegura.

Al auspicioso arranque se le sumaron en breve dos resonantes goleadas consecutivas, a Colón (7-1) y Chacarita (6-2), para ir alimentando la ilusión. Habían pasado ya 8 años del último título a nivel local y la gente cantaba “no sé cómo voy, no sé cómo vengo...” mientras se esperaba con una nueva vuelta olímpica. No influyó en el rendimiento del Mariscal la angustiante situación que debió atravesar cuando su padre fue víctima de un secuestro, en pleno torneo, a fines de agosto, y él encabezó la negociación telefónica con los delincuentes para pagar el rescate. “Gracias a Dios lo liberaron rápido, en menos de 24 horas, y todo quedó en un fea anécdota”. El equipo marchaba puntero pero la derrota con Banfield alarmó a un plantel que en forma paulatina había empezado a bajar su nivel a medida que el torneo ingresaba en la recta final.

Así se llegó a la fecha 18 contra Boca, en la Doble Visera, con apenas una diferencia de tres puntos sobre el equipo dirigido por Oscar Tabárez, que venía entonado, en pleno envión. Era la final anticipada. Un triunfo equivalía a dar la vuelta olímpica. Una derrota significaría un golpe muy difícil de asimilar. En una jornada calurosísima, con un gran corte de luz en Avellaneda incluido, ese 24 de noviembre de 2002 quedaría en la historia como uno de los partidos más dramáticos protagonizado por Independiente en sus últimos años de vida. Boca, mejor parado y más preciso, ganaba 1 a 0 con un gol de Guillermo

HISTORIA DE UN MARISCAL

Barros Schelotto en el primer tiempo y estaba más cerca del segundo gol que el Rojo del empate. El partido se moría, la angustia se podía palpar en todo el estadio... Quedaban cuatro minutos y no parecía haber fuerzas para la remontada, para un empate que, a esa altura, ya sonaba a hazaña. Hasta que él, quién otro, capturó la pelota en su propio campo y comenzó a avanzar, como solía hacer en Viejo Bueno o en las Inferiores del Rojo. “Cuando Milito empuja, Independiente quiere”, lanzó como una especie de premonición Marcelo Araujo, el relator televisivo. Y Milito empujó, claro... Fue, pasó la mitad de cancha a paso firme con la pelota en sus pies. Libre de marcas, aceleró en tres cuartos y cuando lo fueron a neutralizar, casi llegando al área rival, la abrió inteligentemente hacia la izquierda para la posición de Emanuel Rivas. Gaby encaró hacia el área pero su intervención ya era suficiente. El pibe mandó el centro cerca del punto penal y ahí apareció Lucas Pusineri para saltar más alto que todos y cabecear la pelota hacia el fondo del arco de un Abbondanzieri que nada pudo hacer. Gooooool... Explosión en Avellaneda. No era un gol cualquiera. Era el gol del campeonato. El que valía un empate para la fría estadística pero que significaba un título, ni más ni menos.

“Un rato antes de que la agarrara Milito, yo ya me había ido a jugar de 9”, cuenta Pusineri, quien agrega: “Cuando vi que empezó a avanzar, en mi cabeza sólo entraba tratar de pescar el centro o un rebote porque sabía que la pelota iba a llegar al área. Por suerte pasó y terminamos festejando”. Sobre la injerencia de Gaby en ese plantel, Lucas lo define: “Era el líder tanto dentro como fuera de la cancha. Gran compañero, gran capitán... Tener a Milito ahí en el fondo era una tranquilidad, una garantía de que a los rivales les iba a costar mucho hacernos un gol”.

Una semana después, el domingo 1° de diciembre en el Nuevo Gasómetro, se cumplía uno de los principales anhelos de Milito como

futbolista: se consagraba campeón con Independiente luego de que el equipo goleara 3 a 0 a San Lorenzo. La ansiada vuelta olímpica, el festejo inolvidable en el vestuario visitante, el abrazo con su familia y sus seres queridos... Todas postales que marcaban un hecho concreto y supremo: ingresar en la historia grande de la institución. “Fue cumplir un sueño que siempre tuve desde que fui avanzando en mi carrera. Yo a Independiente lo sentía mi casa y ser campeón, siendo hincha, lo disfruté el doble. Uno además sabía que con ese equipo y ese título estaba entrando en la historia de un club gigante. Y para mí era como un alivio, la sensación de que después del campeonato ganado me podía ir tranquilo a Europa porque ya había conseguido el gran objetivo que buscaba”.

El 2002 lo terminó de festejo en festejo: el título del Apertura, el Olimpia de Plata al mejor futbolista del año y su casamiento con Silvina, su novia de toda la vida, en una celebración realizada el 21 de diciembre en Quilmes (justo cinco años después de su debut en Primera División). Gaby pasaba a jugar para el equipo de los casados, pero también empezaba a olfatearse que cambiaría de club profesional... Desde su aparición en Primera, sus cualidades futbolísticas no habían pasado inadvertidas para intermediarios y dirigentes de clubes europeos. Como ya fue dicho, cuando estuvo a punto de quedar libre, aquéllos que aguardaban agazapados una oportunidad, fueron a buscarlo como los tiburones cuando olfatean la sangre de su presa. A lo largo de su estadía en Independiente, Milito recibió varios ofrecimientos, sondeos, llamados y demás de equipos de Europa, pero en todos los casos su respuesta fue la misma: “NO”. El explica por qué: “Hubo en esas decisiones un motivo personal. Yo sentía que era muy joven para irme a Europa. No tenía el apuro de una venta. Pero también había motivos futbolísticos. Quería crecer en mi carrera y probar suerte en Italia o España una vez que me sintiera maduro.

HISTORIA DE UN MARISCAL

En ese sentido, nunca tomé decisiones apresuradas y tuve la contención familiar, ya que mis viejos siempre apoyaron mi pensamiento. Además, más allá del crecimiento personal, también había otro ingrediente que me movilizaba mucho para quedarme. Yo quería irme después de haber ganado algo con Independiente”.

Se acercaba el adiós...

Capítulo III

Estadía en Europa

“No llegar al Madrid fue una gran desilusión para mí en aquel momento. Más que nada por la forma, con una revisión médica de por medio en la que se puso en duda el estado de mi rodilla. Pero el destino, que por algo está, quiso que las cosas se dieran así y finalmente terminó siendo positivo no haber fichado para el Real si evaluó todo lo que me sucedió después. Mis siguientes cuatro años en el Zaragoza fueron maravillosos, inolvidables, casi perfectos tanto en lo futbolístico como en lo personal. Y esa buena imagen que mostré me permitió llegar luego al Barcelona, donde tuve la suerte de integrar quizás el mejor equipo de la historia, con un plantel fantástico como futbolistas y seres humanos. Además, claro, de coincidir con Messi, el mejor jugador de todos, y con Guardiola, el mejor entrenador de todos”.

Viaje a las estrellas

Cumplido su ansiado objetivo de coronarse campeón con Independiente, Europa parecía estar cada vez más cerca para Milito. Ya consolidado en Primera, integrante de la Selección Nacional que era dirigida por Marcelo Bielsa, el 2003 se perfilaba como el año de su definitivo despegue hacia alguna liga europea. Por gusto futbolístico, idioma y cultura, él siempre comentaba que prefería España por sobre otros países del Viejo Continente. Aunque también era un admirador del fútbol italiano desde los tiempos en que se levantaba temprano con su papá para ver por TV los movimientos

del defensor que más le gustaba: Franco Baresi: “No me perdía ni un partido del Milan de Arrigo Sacchi. Y Baresi tenía una clase impresionante, lo observaba mucho, muy elegante para marcar”. Entre tantos interesados por su pase, en junio de aquel año apareció en escena uno de los clubes más poderosos del mundo dispuesto a ficharlo: el Real Madrid.

No dejaba de ser llamativo el interés del club merengue por Milito. No por las condiciones futbolísticas y el presente del Mariscal sino por la política deportiva y de compras del Madrid por aquellos años. “Zidanes y Pavones”, era la frase leit-motiv de su presidente, Florentino Pérez. Sintetizaba a la perfección lo que pretendía la directiva: un plantel en el que hubiera una mezcla de estrellas de primer nivel mundial como el talentoso francés y futbolistas surgidos de la cantera como el joven Pavón. Igualmente, en ese equipo prevalecían los cracks y por eso tenía el apodo de “Los Galácticos”, con el mencionado Zinedine más Ronaldo, Luis Figo, David Beckham, Raúl y Roberto Carlos, entre otros.

La salida de un defensor histórico como Fernando Hierro obligaba a la dirigencia a buscarle un reemplazo. Y el elegido era Milito, toda una promesa para el Madrid aunque hacía rato que ya era una realidad en el fútbol argentino. El 5 de julio del 2003, en la vieja Doble Visera, no sólo se produjo el debut absoluto en Primera División del quinceañero Sergio Agüero sino que, vaya casualidad, Gaby jugó su último encuentro con la camiseta roja. La bienvenida y la despedida en una misma noche. En ese partido con San Lorenzo en el que no había demasiado en juego, el técnico Oscar Ruggeri lo reemplazó faltando un rato para el final con el objetivo de que los hinchas le demostraran todo su afecto a Gabriel. “O le lé, o la lá, Milito es del Rojo, del Rojo no se va”, le cantaron. “Voy a volver”, juró aquella noche ante cada grabador, cámara o micrófono que se le puso enfren-

te. Sonaba, como sucede en muchas ocasiones, a frase de ocasión, a un cumplido. El, en cambio, sabía que lo que decía estaba fundamentado en su sentimiento y en el hecho de que a esa altura tenía algo muy claro: retirarse con la camiseta de Independiente. “Yo no dudaba de que iba a regresar porque era una idea que siempre tuve en mi cabeza, incluso antes de haberme ido. Mi intención, además, era retornar al país para radicarme nuevamente acá. Era una decisión familiar, no sólo deportiva. De ahí la certeza de que iba a volver a mi club algún día”, asegura.

El viernes 18 de julio, en plena madrugada, arribó el vuelo que lo transportaba a Barajas, Madrid, acompañado por su papá Jorge y sus representantes Eduardo Gamarnik y Hugo Isa, quienes además eran dueños del 20% de su pase (el restante porcentaje le pertenecía a Independiente). Esa misma mañana se dirigió a la Ciudad Deportiva del Real para someterse a la revisión médica de rigor. La conferencia de prensa de su presentación estaba pautada para el mediodía. Pero un rato antes, la propia dirigencia la postergó. Los encargados de evaluar su condición física habían visto las resonancias y demás estudios y dudaron de la fortaleza de su rodilla derecha, la que había sido operada dos años antes. Así, sorprendentemente, se resolvió que la transferencia quedaría stand-by hasta el lunes 21, cuando llegarían a España los doctores Juan Manuel Olivera (de Independiente) y Donato Villani (del Juvenil), citados de urgencia para formar parte de una junta médica.

“Ese viernes, cuando me enteré de que había quedado todo supeitado a la reunión que los doctores iban a tener el lunes, hablé con Gamarnik y en esa charla me recordó, al pasar, que el Zaragoza continuaba expectante, aguardando los acontecimientos, porque seguía interesado en llevarme. Yo estaba en un hotel del Paseo de la Castellana, en el centro de Madrid. Corté y encaré directamente al conserje.

Le pregunté a cuántos kilómetros quedaba Zaragoza y me contestó que a 400, aproximadamente. Esa noche fuimos a cenar con mi viejo y mis representantes y ahí les planteé algo que rondaba mi cabeza: que quería ir a jugar al Zaragoza. Había algo que me decía que tenía que irme para allá. Pero bueno, al final esa noche hablamos bastante y me terminaron convenciendo de que esperara hasta el lunes. Al día siguiente, el sábado bien temprano, tuve que ir de nuevo a la Ciudad Deportiva a realizar la segunda parte de la revisión. Recuerdo que hacía los ejercicios con Jorge Valdano al lado. Y según lo que me comentaron los médicos, en las distintas pruebas que realicé di unos valores muy por encima de la media que tenían ellos. Claro, yo me sentía perfecto físicamente...”, afirma.

“El lunes llegaron los médicos de Argentina y se reunieron con los del Madrid. Luego de eso me llamó Gamarnik y me contó que el Real desistía de la compra porque no estaba seguro de realizar la inversión pero que a cambio me ofrecía quedarme una temporada a préstamo y si no llegaba a sufrir ningún problema con la rodilla en ese lapso, automáticamente me compraría el pase al año siguiente. Pero yo estaba tan afectado por toda esa situación que le respondí que no. Ni lo dudé. ‘Eduardo, entiendo que no quieran correr riesgos pero deciles que si me quedo es con las mismas condiciones por las que viajé’, le contesté. Gamarnik les comunicó mi respuesta y como los directivos del Real se mantuvieron en su postura, el pase se terminó de caer”, relata el Mariscal. Acto seguido, el Madrid lanzó un comunicado de prensa. “Habiendo realizado el imprescindible reconocimiento médico y tras rigurosas exploraciones, el cuerpo médico del club considera que, teniendo en cuenta la intensidad y la frecuencia de los esfuerzos exigidos por el Real Madrid, no puede garantizar el máximo rendimiento del jugador durante las cuatro próximas temporadas”, rezaba el parte oficial del club, firmado por el doctor Alfonso

Del Corral. Jorge Valdano, director general deportivo del Madrid, lamentaba el episodio ante la prensa española mientras que del lado argentino, los dirigentes de Independiente que habían viajado a España lanzaban duras acusaciones sobre una decisión que consideraban más marketinera que médica.

La hora de gozar

Ese mismo lunes, pocas horas después, dirigentes del Zaragoza que ya venían dialogando con Isa y Gamarnik, aceleraron la negociación vía telefónica y al hablar con Gaby le pidieron que se dirigiera inmediatamente al consultorio del doctor Pedro Guillén, prestigioso traumatólogo deportivo que atendía ahí en Madrid, para la revisión médica. “Con el antecedente fresco de lo que me había pasado con el Real, la verdad es que fui con un poco de miedo. Pero el doctor vio todos los estudios, me revisó la rodilla y cuando se comunicó con la gente del Zaragoza les dijo adelante mío: ‘este futbolista tiene el mismo riesgo de sufrir una lesión que cualquier otro jugador de la plantilla’. Eso me tranquilizó. Esa misma noche firmé el contrato con mi nuevo club ahí mismo en Madrid y al otro día a la mañana ya estaba viajando hacia Zaragoza para la presentación oficial. Recuerdo que manejaba Gamarnik en la camioneta que le había prestado el Vasco Arruabarrena, a quien él también representaba, que estaba jugando en ese entonces en el Villarreal. Lo del Real para mí ya quedaba atrás. Yo estaba feliz de que iba a jugar en un club que siempre mostró interés por tenerme. El destino estaba marcado”, advierte.

El Real Zaragoza seguía a Milito desde el Preolímpico disputado en Londrina (Brasil) a principios del 2000. Pedro Herrera, el secretario técnico del club aragonés en aquel entonces, viajó a dicho torneo y al verlo quedó encandilado. “Me llamó mucho la atención su personalidad y su capacidad de liderazgo siendo tan joven. A partir de ahí

comenzamos a observarlo en su club e intentamos comprar su pase ese mismo año pero no se llegó a acuerdo. Ya en el 2001, cuando se rompió los ligamentos cruzados, decidí viajar a Buenos Aires y fui a visitarlo a su casa. Recuerdo que estaba acostado en su cama, nunca habíamos hablado en persona y me aparecí y le obsequié una camiseta del Zaragoza con el número 6. Le dije: a partir de mediados del 2002 esa será tu nueva casaca”, relata.

Según el dirigente, las constantes negativas de Milito al concreto deseo del club por ficharlo obedecían a tres motivos. “Nos agradecía mucho el interés pero siempre nos respondía lo mismo: que aún era muy joven, que antes de marchar a Europa pretendía obtener algún título con Independiente y además repetía que quería recuperarse y volver a su mejor nivel para que su club obtuviera el mejor rédito económico el día que se fuera. Con tal de convencerlo hasta se nos ocurrió un día intentar traer a su hermano Diego, que en ese entonces aún no era titular en Racing. Una idea que luego la abortamos, aunque el destino quiso que, con los años, Diego pudiera jugar con Gabriel en nuestro club”.

Cuando el Real Madrid desistió de contratarlo, fue lógico que avanzaran a fondo. “Sabíamos que pese a no superar la revisión médica, él se encontraba sano. Lo habíamos visto en gran forma en el título que logró con Independiente a finales del 2002. Veníamos siguiéndolo con bastante atención. Por eso ahí dijimos que era nuestra oportunidad cuando no se dio su fichaje al Madrid. Personalmente, fue una gran satisfacción su llegada a Zaragoza. Luego, su alto nivel futbolístico durante las cuatro temporadas en las que jugó nos dio la razón de que valió la pena nuestra paciencia. Quedó en la historia del club y espero que algún día pueda regresar como entrenador”, se ilusiona Herrera, quien suele comunicarse con Gabriel de tanto en tanto.

No pudo haber sido mejor el paso del Mariscal por el conjunto

HISTORIA DE UN MARISCAL

maño. Ocho meses después de su arribo, el club obtuvo nada menos que la Copa del Rey. La sexta en su historia. Lo que hizo aún más resonante la conquista fue el rival que tuvo enfrente en aquella final. Sí... El Real Madrid, el mentado equipo de Los Galácticos. El partido se jugó el 17 de marzo del 2004 en el estadio Montjuic de Barcelona y el Zaragoza, con una casaca negra y amarilla a rayas, ganó 3 a 2 en la prórroga con un gol del argentino Luciano Galletti. Y Milito, que jura no haber encarado ese encuentro como una revancha, siente íntimamente que disputó uno de los mejores partidos de su vida. “No era para demostrarle a nadie que estaba bien de la rodilla porque eso ya había quedado más que claro en los meses anteriores. Yo sentía que me miraban de una manera diferente por todo lo que había sucedido, es cierto, pero lo festejé con muchas ganas porque era mi primer título en Europa y por la importancia del rival, no por lo que había pasado. Lo insólito es que esa temporada, el Madrid iba puntero en la liga, pero perdió esa final con nosotros y luego también se le escapó de las manos el campeonato, por lo que terminó la temporada sin ganar nada”, no olvida. Un dato importante: en los cuartos de final de esa Copa, el Zaragoza había eliminado al Barcelona con una soberbia actuación del Mariscal en los dos partidos.

Unos meses más tarde, Milito consiguió su segundo título con el Zaragoza: la Supercopa de España. Como campeón de la Copa del Rey, su equipo enfrentó al Valencia, el ganador de la última Liga. En el conjunto rival jugaban los argentinos Mauricio Pellegrino y Pablito Aimar. “Era una final a dos partidos. En la ida, en La Romareda, perdimos 1 a 0. El gol de ellos lo hizo Vicente. Fue un golpe duro haber caído como locales. Pero para la revancha, yo me tenía muchísima fe. El día anterior al partido se me acerca el técnico Víctor Muñoz, cuando hacíamos el reconocimiento del campo de juego del Mestalla, y me pregunta cómo veía al equipo. ‘Mañana salimos

campeones, míster', le dije con seguridad. Al otro día ganamos 3 a 1, con todo el público en contra, y nadie lo podía creer. El Zaragoza ganaba la Supercopa española por primera vez en su historia. Teníamos un gran equipo, muy aguerrido y con algunos talentosos como el brasileño Savio o el mismo David Villa. Fuimos la sensación ese año a pesar de no ser un club de los grandes de España”, destaca.

Un tiempo antes de esas dos consagraciones, más precisamente el 16 de diciembre del 2003, en la clínica Quirón de Zaragoza, nació su hijo Santiago, fruto de su amor con Silvina Santarelli, su novia desde los 17 años. “Ser papá es lo más hermoso que me pasó. Después, en Barcelona, nació Luca. Son mis dos tesoros, lo más preciado que tengo en la vida”, se emociona. Casualidad o no, el primer partido que Santi pisó una cancha fue el de aquella final con el Real Madrid por la Copa del Rey... Tenía apenas tres meses. De su papá heredaría los rulos y también la zurda para jugar al fútbol, aunque su mamá también le haya inculcado como deporte el hockey sobre césped.

Ya a mediados del 2005, afianzado como titular indiscutido en su club, convocado permanentemente por José Pekerman para los partidos de Eliminatorias y buscado por varios equipos europeos, Gabriel recibió la buena noticia de que el Zaragoza acababa de contratar a su hermano Diego. Cartón lleno. “Al Genoa lo hicieron descender a la Serie C del Calcio por una denuncia de arreglo de partidos y yo buscaba una salida. Estaba por irme al Cagliari, que jugaba en la Serie A, pero surgió la chance del Zaragoza y no dudé un segundo porque ahí estaba Gaby y era la oportunidad de poder jugar juntos en un mismo club. Ya lo habíamos hecho en algún partido de la Selección pero no era lo mismo”, recuerda Diego.

Así le daban el gusto a mamá Mirta y a papá Jorge, acostumbrados a verlos siempre enfrentados. Juntos llegaron a la final de la Copa del Rey del 2006, tras eliminar en cuartos de final al Barcelona y

en semifinales al Real Madrid en una serie inolvidable, con cuatro goles del mayor de los Milito en el partido de ida. Ya en el encuentro decisivo cayeron 4 a 1 con el Espanyol de Barcelona. Más allá de ese tropezón, ese equipo, dirigido por Víctor Muñoz, hizo una muy buena temporada. “Sin dudas, el partido que más disfrutamos jugando juntos fue el que aquella goleada al Madrid. Algo soñado”, afirma Diego.

La periodista española Sonia Gaudio, quien cubrió toda la estadia de Milito en Zaragoza para el diario Marca, describe: “Gabriel jugó prácticamente todos los partidos en sus cuatro temporadas, no sufrió ninguna lesión de consideración y se ganó el afecto de toda la gente de la ciudad. Está considerado por muchos como uno de los mejores centrales en la historia del club. El primer año formó una gran dupla en la zaga con el brasileño Alvaro. Después lo hizo con Sergio Fernández y luego con Gerard Piqué, que estuvo cedido un año por el Manchester United en la 2006/07. Al finalizar dicha temporada, Gaby fue transferido a Barcelona y, ya sin él, el club descendió a Segunda al año siguiente. El era el líder del equipo por su gran personalidad. A pesar de su juventud, se ganó el respeto de todos desde el primer día que llegó. La afición guarda un gratísimo recuerdo de él. El Zaragoza no ha vuelto a tener un defensa de su nivel y por eso se lo echa tanto de menos. Cuando volvió a La Romareda, con la camiseta del Barcelona, fue ovacionado, algo que sucede con muy pocos futbolistas aquí”.

Al mejor club del mundo

Tan destacado resultó su rendimiento con la camiseta blanca que a mediados del 2007 fue contratado por el mismísimo Barcelona, que se quedó con él cuando todo parecía indicar que su destino iba a ser la Juventus de Italia. Su pase fue uno de los más caros de aque-

lla temporada para un defensor: 20 millones de euros desembolsó el club catalán para contar con sus servicios por las siguientes cuatro temporadas. Con una cláusula de rescisión escalofriante: 90 millones de euros. Llegaba, así, al club que muy pronto daría a luz al mejor equipo de la historia del fútbol.

“El Barsa es el club soñado. Su Ciudad Deportiva, la Masía donde se entrenan las divisiones inferiores, el profesionalismo aplicado al máximo de todos sus empleados... Ahí todo está puesto al servicio del futbolista. No te falta nada y no necesitas preocuparte por otra cosa que no sea entrenarte y jugar. Y la gente de la ciudad es muy respetuosa. Además, ir a ese club marcó un antes y un después en mi vida futbolística, en mi visión del juego y del deporte en sí. Ves cómo se trabaja, cómo se hacen las cosas y te das cuenta de que no es casualidad que sea una de las mejores instituciones del planeta. Además, ahí afiancé mi amistad con Messi, a quien ya conocía de la Selección. También tuve la suerte de ser dirigido por Pep Guardiola, de quien aprendí muchísimo, y me encontré con un grupo humano sensacional, con jugadores que son tipazos como personas como Piqué (con quien ya había compartido vestuario en Zaragoza y lo considero un gran amigo), Puyol, Xavi, Iniesta... Tendría que nombrar a todos... Excelentes en lo humano además de ser cracks dentro de la cancha, obviamente”.

Un año antes de ese pase, Milito cumplía otro sueño desde chico: jugar un Mundial. Ya sabía lo que era una Copa del Mundo a nivel juvenil, al haber integrado los planteles del Sub 17 en el 97 en Egipto y del Sub 20 en el 2000 en Nigeria. Pero en mayores era otra cosa... En Alemania 2006, con José Pekerman en el banco, Gaby fue suplente en todos los partidos salvo contra Holanda, en el que actuó como titular y completó los 90 minutos (el encuentro finalizó 0 a 0). Era el último encuentro del grupo, los dos ya estaban clasificados para oc-

HISTORIA DE UN MARISCAL

tavos de final y su rendimiento aquel día fue destacado por la prensa internacional. “Para cualquier futbolista profesional, poder disputar un Mundial representando a tu país es lo más grande que te puede pasar. Ni me imagino lo que sería ganarlo. Jugar un Mundial es como para un estudiante de medicina recibirse de médico. Te da como otro status, otro valor a tu carrera. Fue una experiencia buenísima aunque me fui de Alemania con la sensación de que ese equipo podía haber sido campeón del mundo. No se nos dio, quedamos eliminados en cuartos de final, pero ese partido estaba para ganarlo. Fue un Mundial en el que estuvieron juntas varias camadas exitosas de las Juveniles dirigidas justamente por José. Nos quedó esa espina de no haber podido llegar más lejos”, relata.

Ya en Barcelona, con la 3 en la espalda, su entrenador en aquella primera temporada fue el holandés Frank Rijkaard, quien había dado el visto bueno para su contratación. Con él, Milito muy pronto comenzó a alternar en el 11 titular. Ese plantel estaba integrado por algunas grandes figuras como Ronaldinho, Eto'o, Henry y un Messi que ya iba en camino a convertirse en el mejor de todos. “Con Dinho nos cruzamos miles de veces como rivales, en juveniles, en mayores, en la Liga... Como adversarios, él en Barcelona y yo en Zaragoza, una vez me lo crucé y me dijo que me quería en su equipo. Cuando llegué al Barsa me dio un abrazo en uno de los primeros entrenamientos y me dijo: ‘yo quería que vinieras... Además, así vas a dejar de cagarme a patadas’. Jaja... Era un gran personaje, muy divertido, siempre con una sonrisa, además de ser un grandísimo jugador, sin dudas”.

En aquel primer año en el conjunto catalán, Milito tomó la titularidad y comenzó a consolidarse, mostrando un gran nivel. Hasta que a fines de mayo del 2008 sufrió nuevamente la rotura del ligamento cruzado anterior de la rodilla derecha. Ocurrió en el segundo tiempo del partido revancha contra el Manchester United, por las semifinales

de la Champions League en la que el Barcelona quedó eliminado. Su parate, sufrido y prolongado, también está desarrollado en otro capítulo de este libro.

Su regreso oficial se produjo el 5 de enero del 2010, 20 meses después, en un partido contra el Sevilla por la Copa del Rey. Por su larga inactividad se perdió los tres títulos logrados en la 2008/09 ya con Pep Guardiola al frente del plantel, además de los tres conseguidos por el conjunto catalán en el último semestre del 2009. En realidad, al Mundial de Clubes viajó con el plantel e integró el banco de suplentes en aquella final con Estudiantes. Sí tuvo activa participación en los campeonatos conseguidos después. “En el primer semestre del 2010, cuando reaparecí, jugué bastante. Partidos de Liga, de Champions... Estuve presente, por ejemplo, cuando quedamos eliminados con el Inter de Mourinho en semifinales, en donde jugaban mi hermano Diego y el Cuchu”, cuenta Gabriel, quien no tuvo chances de ser tenido en cuenta por Diego Maradona para disputar el Mundial de Sudáfrica. “Reaparecí en enero, el plantel ya estaba armado y el técnico eligió a otros jugadores. Mi Mundial era volver a jugar”, aclara.

En ese semestre volvió a enfrentar al Madrid. El derby se jugó el 11 de abril del 2010 en el Santiago Bernabeu y el Barsa ganó 2 a 0 con goles de Messi y Pedro. Fue un partido especial, como en todo choque con el Real, pero mucho más por lo que sucedió luego del encuentro. Antes del final, Milito debió salir por una molestia muscular. En el vestuario, ya con el partido finalizado, se enteró de que en los pasillos, ahí afuera, se encontraba Pep Guardiola dialogando con Jorge Valdano. El argentino, directivo del club merengue, había declarado justo unas semanas antes a la agencia DPA, un medio alemán, la siguiente frase: “El tiempo nos dio la razón”. Lo dijo en alusión a la lesión que había sufrido el Mariscal y a aquella decisión del Real de no ficharlo, en el 2003. Molesto por esas declaraciones, salió del

vestuario y encaró a Valdano. “Le dije lo que sentía en ese momento. No fue en buenos modales pero necesitaba manifestarle lo mal que me había caído aquella opinión suya. Lo que pasó, quedó ahí”, avisa, fiel a su perfil bajo y lejos de las polémicas. Entre Guardiola y otros que estaban presentes en el lugar trataron de calmar los ánimos hasta que apareció el capitán Puyol y, enfurecido, le gritó varias cosas a Valdano. Entre lo publicable, un “eso no se hace. Todo lo que dijo Gaby de ti, tiene razón”.

Al finalizar la temporada y antes de emprender su viaje a Buenos Aires para unas merecidas vacaciones, recibió una citación de la dirigencia del Barsa. Era por su contrato. El mismo finalizaba el 30 de junio del 2011, es decir un año después. Pero con anticipación, el club decidió renovarle por otro más, hasta mediados del 2012. Todo un síntoma de confianza a un jugador que hacía poco había vuelto de una larguísima inactividad por su lesión...

Ya en agosto de ese año, en el arranque de la temporada 2010/11, el Barcelona ganó la Supercopa de España ante el Sevilla. “Yo jugué el partido de ida, no la revancha. El día de la consagración, al llegar a mi casa, me fui a dormir con la sensación de que no iba a jugar la cantidad de partidos que yo pretendía en esa temporada que acababa de comenzar. Necesitaba hablar con Guardiola y decirle que tenía ganas de buscar otro club donde pudiera tener mayor continuidad. Recuerdo que cuando se lo comenté, en la Ciudad Deportiva, él se sorprendió bastante. Me dijo que quería jugadores que quisieran estar, pero por otro lado me aseguró que me necesitaba. ‘Vas a jugar mucho más de lo que te imaginas’, me dijo. Y con otras cosas que hablamos, me convenció. Además me contó su experiencia, cuando se fue del Barcelona a jugar al fútbol italiano y a los dos o tres meses se arrepintió. ‘Para irse del Barsa, siempre hay tiempo. Piensalo bien, no te apures’, me aconsejó. En esos seis meses, finalmente, jugué seguido, aunque no como era mi

idea. A veces iba al banco, pero lo positivo es que siempre fui convocado. Al menos para estar entre los suplentes”.

En noviembre de ese año, en un partido por la Copa del Rey ante el Ceuta, en el que marcó un gol, Milito sufrió un desgarro en el bíceps femoral de la pierna derecha que lo dejó fuera de las canchas hasta fin de año. “Creo que esa lesión muscular tuvo que ver con lo mental. Fue producto de que yo no estaba lo suficientemente feliz al no jugar todos los partidos como yo pretendía”, piensa.

Llegó enero del 2011 y Gaby recibió un llamado para jugar en el Málaga. El club había sido adquirido por un jeque árabe, que había contratado a Manuel Pellegrini como entrenador. “Manuel me llamó y me mostró su interés. Después recibí el llamado de Martín Demichelis, que recién había sido comprado por el Málaga y con quien yo ya compartía la dupla central en la Selección del Coco Basile. Me contó que el técnico me quería y me insistió para que aceptara la propuesta. Ahí fue cuando volví a hablar con Guardiola. La diferencia es que esta vez había una posibilidad concreta. La charla fue parecida a la que habíamos tenido seis meses antes y luego de analizarlo, otra vez acepté quedarme. En ese semestre también jugué, alternaba...”.

Aquellas conversaciones con Guardiola, mostrándole sus ganas de cambiar de aire, ya habían sido un anticipo. Milito no estaba del todo cómodo porque sentía que por su larga inactividad, tenía que sumar minutos. No se conformaba con estar en el mejor club del mundo. Se había perdido una buena parte del fútbol en los últimos años y le costaba ver varios partidos desde el banco. Como centrales, además de Piqué y Puyol, también ya estaba jugando Mascherano, a quien Pep había ubicado en el fondo ante las lesiones de los titulares. La llegada de la Copa América era también un buen motivo para analizar su futuro inmediato...

“Tenía mucha ilusión con esa Copa, que se disputaba en nuestro

HISTORIA DE UN MARISCAL

país. Pero la verdad es que nos fue bastante mal. A mí me afectó mucho. Creo que eso, sumado a que en la última temporada no había jugado todo lo que yo pretendía, hizo que decidiera regresar a la Argentina. Hablé un día con Silvi y le dije: ‘nos volvemos a Independiente’. Había chances de buscar continuidad en Europa porque existían clubes que me querían, como el Galatasaray de Turquía que me había hecho una oferta por tres temporadas, o mismo el Zaragoza. Pero Santi, mi hijo mayor, ya llevaba cuatro años en Barcelona y cambiarlo de ciudad en Europa por uno o dos años para después retornar a la Argentina iba a ser todo un trastorno para él. Luca tenía tres años, había nacido justo un mes antes de que me operaran de los cruzados, por lo que era más chico y no había tanto problema. Pero le dije a Silvi: ‘la historia en Europa se acabó. Volvamos a nuestro país’. Ya lo tenía decidido después de haberlo pensado bastante”.

En esos días, principios de agosto, se comunicó telefónicamente con Guardiola y a diferencia de las dos anteriores charlas, esta vez le comentó que no había marcha atrás en su salida del club. Gaby debía presentarse el 8 de agosto en Barcelona para iniciar la pretemporada pero su aventura europea ya era un capítulo cerrado para él. “Esa vez, Pep me vio diferente. Me notó firme. Luego de esa charla, hablé con la dirigencia del Barsa para la rescisión de mi contrato. Por suerte, accedió. Yo sabía que si el Barcelona pedía algo de dinero, Independiente no iba a poder pagarlo por su situación económica”.

Así, Milito le ponía un punto final a su estadía en Europa luego de ocho intensos e inolvidables años...

Capítulo IV

Las lesiones

“Así como muchos futbolistas pudieron desarrollar una carrera sin grandes contratiempos físicos, a mí me tocó la desgracia de sufrir dos lesiones importantes y que ambas tuvieran complicaciones que no me permitieron regresar a los campos de juego en los tiempos médicos previstos, en especial la segunda. Las lesiones nunca son bienvenidas pero siento que a mí me llegaron justo en los momentos más inoportunos. Tanto en el 2001 en Independiente como en el 2008 en Barcelona creo que me encontraba en los dos máximos picos de rendimiento en toda mi carrera. Pero lamentablemente es lo que me tocó vivir. Me hubiera gustado haber jugado más tiempo a este deporte tan apasionante, aunque no me arrepiento de todo lo que el fútbol me dio. Soy y seré un agradecido”.

Primera lesión

El 25 de marzo del 2001, un domingo soleado y cálido, el Independiente dirigido por Osvaldo Piazza recibía a Rosario Central en Avellaneda. Iban 36 minutos del primer tiempo cuando llegó un centro al área del Rojo. Milito saltó a cabecear la pelota, ganándole la posición en pleno forcejeo a Rafael Maceratesi, y cuando cayó pisó mal. Se agarró inmediatamente la rodilla derecha, dio unos pequeños saltitos con la otra pierna y terminó tirado, inmóvil y gritando de dolor. Por su llanto, mientras salía de la cancha en camilla, y por ese crac que dijo escuchar en ese preciso instante, se temió el peor diagnóstico.

El día después, luego de someterse a una resonancia en la clínica Di Rienzo, se confirmó la temida lesión: rotura del ligamento cruzado anterior de la rodilla derecha. Una semana después era intervenido quirúrgicamente por los doctores Juan Manuel Olivera (de independiente), Donato Villani (de la Selección Juvenil) y Homero D'Agostino. Le esperaban, a partir de ese momento, entre seis y ocho largos meses de recuperación... “Comencé a realizar trabajos que nunca me habían tocado hacer porque jamás había sufrido una lesión seria. Iba a la pileta del club para fortalecer los músculos, a la mañana trabajaba en Domínico y por la tarde me iba al gimnasio del kinesiólogo Jorge Bombicino, un especialista en rehabilitación dentro del fútbol argentino. Vivía las 24 horas pensando en mi rodilla. Yo sólo quería recuperarme, ponerme bien para volver a jugar”, cuenta sobre aquellos primeros momentos.

En ese entonces recibió llamados de todo tipo solidarizándose con él. Uno de ellos fue el del defensor colombiano Jorge Bermúdez. “Gabriel, quiero decirte que yo y todo el plantel de Boca estamos con vos para lo que necesites”, fue el mensaje que reconfortó a Gaby. Querido por el mundo del fútbol, lo sorpresivo de aquel llamado es que no tenía ningún tipo de relación con el Patrón. “Es más, en dos de los últimos Independiente-Boca, que ganamos 4 a 0 y 3 a 0, me había tocado marcarlo en las pelotas paradas. Yo lo agarraba, lo empujaba para tratar de neutralizarlo... Era muy difícil de marcar. Y en uno de esos tantos cruces en nuestra área me metió un cortito, bien dado, que me mató, je. Era parte del fútbol, claro. Quedó ahí en la cancha. Por eso siempre agradecí su gesto de dejarme ese mensaje cuando me lesioné”, revela.

Finalmente, la rehabilitación demandó mayor tiempo que lo previsto porque hubo algunos retrocesos en el camino debido a un dolor en la zona que no llegaba a irse del todo. Su retorno a las canchas

HISTORIA DE UN MARISCAL

se produjo finalmente el 16 de diciembre de ese mismo año, es decir casi 9 meses después de la lesión, en un partido contra Boca en la Bombonera, por el torneo Apertura. Dirigido por Néstor Clausen, ese mediodía Independiente cayó 5-3 contra los de Bianchi y Milito ocupó una posición extraña, que pocas veces desempeñó en su carrera: de último hombre en una línea formada por tres defensores. “Me faltaba ritmo y la realidad es que estando en la concentración, en el hotel Obelisco Center, la rodilla aún me dolía. Pero en ese momento no me importó demasiado y prevalecieron mis ganas de volver a entrar a una cancha de fútbol, con el plus del rival que estaba enfrente. Después, con el tiempo, sentí que fue un riesgo haber jugado ese partido”, reconoce.

Ya en enero del 2002, durante la pretemporada del plantel en la ciudad de Mendoza, con la dupla técnica Bochini-Clausen confirmada en el cargo, Gabriel continuaba con molestias en su rodilla derecha. “Era un dolor constante y no tenía idea a qué se debía. Nunca se me fue del todo y había veces que hasta se me hinchaba la zona porque se me acumulaba líquido. Estaba preocupado”. Ese problema le impedía continuar normalmente con los entrenamientos en doble turno y una noche, luego de hablar con el doctor Juan Manuel Olivera en la habitación que compartía con Ariel Rocha, se decidió que al otro día regresara a Buenos Aires. “Esto no da para más. Hay que examinar bien la rodilla”, fue el mensaje del doctor. Así, Gaby debía abandonar los trabajos de pretemporada...

Una vez en Capital Federal, y luego de algunas interconsultas, se resolvió que el defensor se sometiera a una artroscopía. En la intervención, que le realizaron unos días más tarde, quedó comprobado que tenía dañado el menisco. En ese instante se le reparó esa nueva lesión, que era la causa del persistente dolor. Pero los tiempos volvían a alargarse. A partir de ahí debía esperar un mínimo de dos me-

ses como para estar en condiciones de retornar a las canchas. “Tenía que tener mucha paciencia, otra no me quedaba. Pero era muy difícil estar afuera. Encima, al equipo no le iba bien en ese torneo y yo quería jugar, me resultaba complicado controlar la ansiedad. La clave era no mirar para atrás y recuperarme bien para no volver a parar una vez que regresara a la actividad”, comenta. Efectivamente, como remarcó, Independiente terminó redondeando, a esa altura, la peor campaña de su historia en ese Clausura 2002 y la vuelta de Milito, su capitán y principal referente, se demoró una vez más.

En las últimas siete fechas de ese nefasto torneo para Independiente se hizo cargo del equipo Américo Rubén Gallego, tras la salida de Néstor Clausen (el Bocha ya se había alejado de la dirección técnica antes del inicio del campeonato). Junto con el Tolo arribó al club el preparador físico Jorge Fleita. Cuando faltaban pocos partidos para el final de ese primer semestre del año, Gaby ya encaraba el último tramo de la recuperación y se preparaba para volver. Su idea era sumar minutos en algún partido de Reserva. “Tenía pensado regresar en un encuentro contra Unión, pero en la semana previa me agarró el Profe durante un entrenamiento y me dijo que, sin conocer en profundidad toda la rehabilitación que yo había hecho, le parecía prudente esperar un poco más. Me dijo: ‘dame dos semanas para trabajar con vos y antes del final del torneo vas a volver a jugar’. Fue tal la convicción que le noté cuando me hablaba que le hice caso. Y eso que yo en ese momento no pensaba en otra cosa que en volver a jugar. La verdad es que me vino bien aguantar un poco porque hice una muy buena preparación con el Profe, que la continué durante el receso para así poder arrancar la pretemporada en Necochea de la mejor manera, a la par del plantel. Al final, en ese torneo, pude reaparecer en Primera, como me prometió el Profe Fleita, en las dos últimas fechas que jugó el equipo, contra Boca y Banfield”, recuerda.

HISTORIA DE UN MARISCAL

Tras aquella dura rehabilitación logró ponerse diez puntos en lo físico y ya se sabe lo determinante que fue el papel que cumplió en el título de Independiente en ese Apertura 2002. Evidentemente, ya no quedaban secuelas de aquella lesión y de los contratiempos surgidos después. El Mariscal disputó 18 de las 19 fechas del campeonato que terminó en la vuelta olímpica. Y el único encuentro en el que faltó, contra Newell's de local, se debió a que lo habían expulsado la fecha anterior en el clásico contra Racing y tuvo que cumplir un partido de suspensión. “Lo positivo, además de haber sido campeones en ese torneo, fue demostrar y demostrarme que estaba recuperado del todo de esa lesión”, admite.

Por el buen estado físico que exhibía y por la continuidad que venía acumulando en Primera División, sorprendió cuando en julio del 2003, el Real Madrid descartó su llegada por las dudas que le generaban a los médicos del club la rodilla derecha. “Cuando me sometí a la revisión médica allá en España hacía ya un año que había vuelto a jugar y no sentía ningún tipo de molestias. La rodilla estaba fuerte, estable y la articulación sin problemas. Ellos se dejaron llevar por los estudios, no por cómo me sentía yo. Es más, las veces que me había ausentado del equipo, en Independiente, no fueron por esa lesión. La cuestión es que dos días después de caerse el pase terminé firmando para el Zaragoza y no fue precisamente porque en dos días me había curado...”, reflexiona.

Existe un dato que es útil para confirmar su buena prestación física: en sus cuatro temporadas en el club aragonés, Milito disputó 174 encuentros, sin contar sus convocatorias a la Selección Argentina. Lo que da un muy buen promedio de 43,5 partidos por temporada. Si no bastara con esa estadística, puede agregarse que ningún futbolista de la plantilla del Madrid, por ejemplo, alcanzó a jugar dicha cantidad de encuentros en esos cuatro años posteriores a la fallida incorpora-

ción de Gaby al Real. “En el Zaragoza, salvo por suspensiones, jugué siempre. Es más, no recuerdo haber faltado ni siquiera a un solo entrenamiento en esos cuatro años”, acota.

A mediados del 2007, en su traspaso al Barcelona, la revisión médica la superó sin ningún tipo de inconvenientes. Unas semanas antes, en París, se había sometido a una revisión para fichar en la Juventus, pase que finalmente se cayó porque entró en acción el Barsa. Pero en la capital de Francia también había aprobado el control. Ya no había dudas de que era un Milito que se encontraba en perfecto estado.

Segunda lesión

Sin embargo, nueve meses más tarde, el 29 de abril del 2008, en un partido correspondiente a las semifinales de la Champions League frente al Manchester United, el destino quiso que Gaby volviera a romperse el ligamento cruzado anterior de la misma rodilla. Sí, siete años después de su primera rotura en Independiente pasaba nuevamente por la misma traumática situación. Otra vez, una lesión importante en el camino... El 13 de mayo fue intervenido quirúrgicamente en Barcelona por el cuerpo médico liderado por el doctor Ramón Cugat, una eminencia en España que atendía a deportistas y, sobre todo, a futbolistas del Barsa. La cirugía fue doble porque le quitaron una porción del tendón rotuliano de la rodilla izquierda para implantárselo en la derecha, que es una técnica tradicional para ese tipo de patologías. En aquel entonces, los médicos del club estimaron un plazo de 7 a 9 meses de rehabilitación. Los doctores, además, descartaban que esta nueva lesión tuviera algo que ver con la anterior, producida en Independiente. “No hay elementos que puedan demostrar una relación entre una y otra más allá de tratarse del mismo ligamento”, dijeron.

“A partir de ese momento comenzó el momento más difícil, no sólo de mi carrera deportiva, sino de mi vida. Un sufrimiento muy largo,

silencioso, estresante, demasiado cruel... Solamente mis familiares y seres queridos, además de los profesionales que me trataban, pudieron ver y entender todo lo que padecí”, relata. Esa nueva lesión y una serie de complicaciones que fueron apareciendo increíblemente después dejaron a Milito fuera de las canchas durante un tiempo larguísimo, mucho más que lo previsto. Es difícil encontrar en la historia del fútbol mundial un caso de un jugador que, con tanto tiempo de inactividad, haya podido regresar en un buen nivel y en un club de elite como el Barcelona. ¿Cuánto tardó para volver a jugar un partido oficial? 20 largos e interminables meses...

“Las primeras tres semanas después de la operación fueron muy buenas. A diferencia de la primera vez que me lesioné en Independiente, en esta ocasión el comienzo de la rehabilitación fue prácticamente sin ningún tipo de dolor. Eso me daba ánimo. Hasta que una noche, en mi casa, me empezó a doler la zona de la rodilla. No podía creerlo...”. En un primer momento se sospechó que esa molestia podía estar relacionada con algún mal esfuerzo durante un ejercicio, algo que es habitual para esos casos. La realidad es que a partir de ahí, y hasta poco antes de su regreso al fútbol, nadie consiguió que ese dolor cediera lo suficiente, mientras él continuaba con las tareas de fortalecimiento de la pierna aunque a un ritmo mucho más lento que los plazos establecidos. Comenzaba a partir de ahí un verdadero calvario, un lento peregrinaje por consultorios, quirófanos, centros de rehabilitación y gimnasios.

El 20 de julio, el día del amigo, Milito arribó a Buenos Aires para continuar con la rehabilitación bajo las órdenes de Luis García, el kinesiólogo de la Selección Argentina. Gaby lo conocía de sus permanentes convocatorias al seleccionado dirigido por Alfio Basile y además ya tenía las mejores referencias de su hermano Diego, quien lo había tenido en Racing. “El dolor era en una zona muy específica: el costado

interno de la zona de la rodilla. Pero no era un dolor intraarticular sino por afuera. Algo raro...”, describe. Era el tiempo de trabajar muy duro para intentar quitar esa fuerte molestia. “Con Luis empezamos a darle y darle a los trabajos. Para mí fue una gran ayuda. Pero no lo digo sólo por la parte médica, en lo que hace a la recuperación física en sí. El fue muy importante desde el punto de vista anímico, un sostén bárbaro”, aclara. Con García trabajaba todos los días en Kinesis, el centro de rehabilitación que dirige junto con Rubén Araguas, el otro kinesiólogo de la actual Selección. Todos los días, Milito cruzaba la ciudad, desde Quilmes, donde vivía cuando regresaba al país, hasta Belgrano. Horas de viaje en las que pensaba en una sola cosa mientras manejaba: recuperarse de la mejor manera para volver a formar parte del Barsa, que de la mano de Guardiola ya comenzaba a asombrar a España para luego hacerlo ante el mundo entero.

Cuatro meses después, en noviembre, Milito regresó a Barcelona y se puso a trabajar con los fisioterapeutas y readaptadores del club. Su preocupación y la de los médicos era que el 2008 estaba llegando a su fin y a 7 meses de la lesión no sólo no se encontraba en condiciones de jugar sino que parecía estar bastante lejana esa posibilidad. “En los tests de fuerza era el mejor del plantel, porque me la pasaba trabajando muscularmente en el gimnasio y estaba fuerte, pero a la hora de trotar no podía por el dolor. Lo insólito es que hacía trabajos de fuerza con las dos piernas a la vez, como por ejemplo sentadillas, y no me dolía nada. Ahora trotaba o subía una escalera, y cada vez que hacía presión en el piso sólo con la pierna derecha, reaparecía el dolor”, detalla.

En esos momentos de tanta incertidumbre nunca dejó de tener la contención familiar. Sus padres viajaban seguido de Buenos Aires a Barcelona para verlo. Su hermano Diego hacía lo propio desde Milán o era Gaby el que volaba para Italia para despejarse un rato. Sus ami-

gos de la vida también lo acompañaban. Su mujer Silvina era la que lo bancaba en esas noches de angustia ante un futuro incierto. “Fue difícil, una pelea tremenda que encaró contra esa lesión y con todas las piedras que le iban apareciendo en el camino”, cuenta ella.

Ya a principios del 2009 otra vez viajó a Buenos Aires. No estaba bien anímicamente porque su objetivo, cuando lo operaron, era ponerse a disposición de Guardiola a partir de esa fecha. En la Argentina continuó trabajando con Luis García. “Ya en febrero regresé a Barcelona y parecía estar mejor, por lo que intenté incorporarme a los trabajos de campo que hacía el grupo. Hasta ese momento yo siempre me entrenaba en el gimnasio, separado del plantel profesional. Pero el dolor no me permitió entrenar más de dos días seguidos. Lo peor es que la rodilla no se me inflamaba para nada y estaba muy estable. Pero no había forma de que no me doliera. Era insoportable, tenía la cabeza quemada. Había momentos en los que estaba enloquecido, caminaba por las paredes. Me preguntaba por qué me estaba pasando eso. Era desesperante...”, confiesa.

Hasta que llegó mayo, el mes en el que se cumplía justo un año de la operación. En ese momento, el doctor Cugat, que lo había intervenido quirúrgicamente, llegó a la conclusión de que el problema podía estar en el nervio safeno interno, que pasa cerca de la zona de la rodilla. No creía que fuera un dolor articular, óseo ni muscular sino neuropático. Así que decidió operarlo para quitarle una porción de dicha fibra nerviosa. Su patología era poco común: se denomina atrofia de Sudeck. Es cuando el músculo se queda sin fuerza y duele pero el problema puede deberse a un nervio. En principio, aunque nunca pudo probarse, ese cuadro no tenía ningún tipo de relación con la rotura del ligamento cruzado anterior. Es un síndrome que en ocasiones puede curarse solo y en otras se transforma en algo crónico. “El peor momento fue cuando se cumplió un año de la operación y no había

podido volver a jugar. Se me cruzaban muchas cosas por la cabeza... Alguna vez hasta pensé en que si no veía avances me iba a retirar, pero fue una idea que no me duró demasiado. Si insistí con regresar al fútbol fue por lo bien rodeado que estuve y el apoyo grande que recibí de todos para seguir luchando. Tanto de mi familia como de la gente del club. En otra institución posiblemente hubiera terminado tirando la toalla... Y si no necesité hacer terapia fue justamente por el respaldo que sentí de todos los que estaban a mi alrededor”, confiesa. Silvina, su esposa, agrega: “Antes de cumplirse un año de la lesión estaba muy bajoneado. Hasta me llegó a decir una noche que pensaba en retirarse. Le dije que no, que él iba a volver a jugar. Yo me aferraba a lo que decían los médicos. Venían a casa y nos explicaban que la rodilla estaba bien, que ese dolor no tenía que ver con la lesión que había sufrido. Con el apoyo de su familia, que le dio mucha fuerza y aliento, la idea de dejar el fútbol no se le volvió a cruzar. Lo que sucede es que era muy duro para nosotros verlo tan mal porque no podía hacer lo que más le gustaba, que era jugar al fútbol. Uno de afuera lo quería ayudar, acompañarlo, darle ánimo, pero había que estar en su lugar y sentir su dolor...”.

Con dicha cirugía para quitarle ese nervio, la más notoria de las cicatrices que tiene sobre la rodilla derecha, Gaby creyó que, por fin, se terminaría tanto martirio. Pero el dolor no llegó a desaparecer del todo. “Había una mejora pero era insuficiente. A esa altura ya no sabía qué pensar. No conocía otro caso igual”, agrega. Hasta que a principios de junio, un mes después de esa intervención, viajó a Buenos Aires y fue revisado por el doctor D’Agostino, quien lo había operado del ligamento cruzado en el 2001. La opinión del médico fue realizarle una nueva artroscopía para inspeccionar exhaustivamente la zona. Otra vez al quirófano. El doctor Cugat, acompañado por su colega Ramón Canals, jefe médico del Barcelona, viajó a la Argen-

HISTORIA DE UN MARISCAL

tina para supervisar la operación. “Al explorar la zona llegaron a la conclusión de que estaba todo bien. Me hicieron una pequeña limpieza pero no había nada que reparar”. La rodilla se encontraba en buen estado al punto de que Gaby salió de la operación y se fue caminando a su casa. Ahí volvía a recuperar un poco la esperanza...

Como en la prensa y también en la gente había muchas especulaciones sobre su continuidad o no en el fútbol tras esa artroscopía y ya estaba próximo el comienzo de una nueva temporada, Milito decidió escribir una carta que fue difundida por el Departamento de Prensa del club catalán. La misma, entre otras cosas, decía lo siguiente: “Aprovecho la oportunidad para expresar mi profundo dolor por no poder comenzar junto con mis compañeros esta nueva temporada. Hace ya más de un año que estoy peleando y sufriendo por recuperarme definitivamente. Por desgracia no hemos obtenido aún la mejora al problema que me aqueja y que me permita estar a la par de mis compañeros y volver a ser completamente feliz. Día tras día lucho de manera constante con gran ilusión para dejar atrás esta complicada situación que me toca vivir y que, sin duda, me ha depositado en el peor momento de mi carrera y de mi vida. Quiero expresar también que los profesionales médicos que me tratan, todos ellos probos y de mi máxima confianza, me aseguran que no existe motivo alguno para provocarme el dolor que hoy siento. Que no quede ninguna duda de que no voy a bajar los brazos y seguiré luchando con todas mis fuerzas y mis medios hasta recuperarme. No quiero olvidarme de agradecer a mis compañeros, al cuerpo técnico y a todos los profesionales médicos y fisioterapeutas que me brindan su apoyo incondicional diariamente. No tengo ninguna duda de que pronto saldré de esta situación”. Sus sentidas palabras resonaron por toda Cataluña, que no conocía hasta ese momento el verdadero calvario por el que estaba atravesando.

Una vez realizada dicha artroscopía, el dolor, de a poco, fue ce-

diendo. Aparentemente, lo que habría ayudado a la remisión total de dicha molestia fue el aporte, en ese entonces, de gente de afuera de su entorno. “Había unos doctores de Cádiz, de una clínica del dolor, que se interesaron en mi tema y me recomendaron una medicación para tomar. Me explicaron que si un paciente tiene un dolor que persiste en una zona específica por más de tres meses sin llegar a desaparecer, ese estímulo doloroso queda grabado en la mente y no se va. Esa medicación que me recetaron era justamente para desconectar el dolor del cerebro, no de la rodilla. La cuestión es que, increíblemente, de a poquito fui mejorando y avanzando en la recuperación sin tener ninguna recaída”.

Antes de comenzar a tomar esos remedios que aparentemente fueron la solución definitiva al problema, Milito seguía entrenándose con Luis García. De él, guarda una linda anécdota. “Cuando lo voy a ver por primera vez, en junio del 2008, un mes después de haber sido operado, le cuento que mi objetivo era regresar al fútbol en noviembre porque ese mes jugábamos contra el Real Madrid y ese partido no me lo quería perder. En ese momento él me aconsejó que no me pusiera plazos. Tenía razón porque para esa fecha ni cerca estaba de retornar a las canchas. Pasó un año de la operación hasta que me sometí a la artroscopía. Luego de esa intervención, trabajando un día con él, viene y me dice: ‘Gaby, ¿cuándo vuelven a jugar contra el Madrid?’. A lo que le respondo que en noviembre nuevamente. Faltaban cinco meses. Entonces me sorprende y me dice: ‘te apuesto que para esa fecha vas a tener el alta médica. Y si gano, me vas a tener que poner un pasacalles acá en la calle del centro de rehabilitación y escribir un mensaje de que yo tenía razón’. Acepté el reto. Al final, llegó noviembre, se jugó el derby y al día siguiente de ese partido, me dieron, por fin, el alta para volver a las canchas. La apuesta la ganó él pero la emoción que tenía yo era inexplicable. Era como volver a

vivir. Eso sí, todavía no le pagué la apuesta a Luis. Estoy en deuda y ya la voy a cumplir, je”.

Un día después de aquel Barsa-Real, Milito volvía a entrenarse con sus compañeros y a la semana disputaba su primer partido. Fue el 10 de noviembre del 2009, 18 meses después de aquella operación inicial. La excusa fue un amistoso en la Ciudad Deportiva del club contra el Bolívar de La Paz. Luego de tanto tiempo, de semejante sufrimiento, Gaby volvía a vestirse de jugador de fútbol. “La noche anterior me fui a acostar con la sensación de que al otro día volvía a debutar. Fue una inmensa alegría. Le debo muchísimo a Luis, creo que tiene un gran porcentaje de que yo haya regresado al fútbol. También a Cugat, por su contención. Otro agradecimiento especial es para Emili Ricart, el fisioterapeuta que había llegado al club con Guardiola, quien siempre estuvo al lado mío dándome ánimo, viniendo a casa y siendo un sostén importante desde lo anímico. Tampoco quiero dejar de mencionar a Lorenzo Buenaventura, el preparador físico del plantel. El tenía mucha relación con algunos futbolistas argentinos y por eso había acompañado a la Selección de Bielsa al Mundial de Corea-Japón. Siempre estaba alentándome y festejando cada pequeño avance que yo daba con la pierna. Ellos y todo el grupo de empleados del club influyeron mucho para que no me cayera anímicamente. También debo nombrar a Pep Guardiola y a su cuerpo técnico que siempre me venían a ver. Y qué decir del plantel... Estuvieron siempre conmigo. El grupo se enteraba de una mejora y me aplaudían, se ponían felices... Nunca pero nunca me dejaron solo y siempre me hicieron sentir uno más, aunque yo no jugara”. Un dato que confirma el aprecio de Guardiola por él. En una entrevista que le realizaron al entrenador del Barsa, que figura en el libro “Pep Guardiola, otra manera de ganar”, afirmó cuando le consultaron sobre la ausencia de Milito: “Daría cualquier título logrado con tal de ver a Gabriel dentro de un campo de juego”.

El doctor Cugat, quien siguió toda la recuperación de Milito y contó que no dormía pensando en el origen de ese incesante dolor, brindó su sensación sobre este caso tan particular. “Es uno de los cuadros clínicos más complicados que he encontrado a lo largo de mi profesión. Lo positivo ante una situación compleja es que hemos trabajado con una persona muy inteligente, muy responsable, con un verdadero profesional. Sólo Dios y su familia saben lo que ha hecho este chaval. Su tesón, su constancia y su fe es lo que lo ha ayudado a salir adelante. Es un trabajador nato y piensa en el fútbol las 24 horas del día. Como pocos jugadores. Y eso que he tratado a muchos... Me alegré muchísimo cuando pudo regresar a las canchas, que era el objetivo suyo y también el nuestro. Conquistó con su regreso algo mucho más importante que cualquier título obtenido por el Barcelona”.

Luis García, en tanto, que estuvo palmo a palmo con el Mariscal para lograr su ansiado regreso a las canchas, cuenta: “Básicamente me encontré con una persona muy tenaz, inteligente y profesional, características que no son fáciles de encontrar en un paciente. Gabriel supo sobreponerse a la lesión inicial y a todas las complicaciones que surgieron después. Y la clave estuvo en su fortaleza mental. Fueron muchos meses de gran incertidumbre para él y para los que lo tratábamos. No encontrar una solución a su problema del dolor desmoralizaba a cualquiera. Su mayor mérito estuvo en ganarle la batalla a un dolor cuyo origen era desconocido. Es difícil cuando no sabés contra qué peleás. Eso hacía el caso mucho más dramático pero también demostraba su gigantesco amor propio. No conozco otro caso de un futbolista de elite que haya estado 20 meses sin poder jugar y haya regresado a los primeros planos. Porque él volvió y fue titular en el Barcelona y también titular en la Selección. Con tanto tiempo inactivo, esa recuperación habla de su enorme valor. Más allá de su profesionalismo, quiero destacar su costado humano. Gabriel es una

HISTORIA DE UN MARISCAL

persona muy noble y todos los que estábamos con él deseábamos su recuperación. Esta lesión quedará marcada en su trayectoria deportiva pero mucho más en la vida: le sirvió para darse cuenta de su fortaleza al vencer a la adversidad en su máxima expresión”.

Es indudable que esa lesión y su larga inactividad marcó un antes y un después en su carrera. “Es cierto que después de sufrir tanto y pasarla verdaderamente mal, pude volver a jugar con continuidad en un equipazo como el Barsa y volví a formar parte de la Selección Argentina, nada menos. Pero la realidad es que desde aquel parate nunca más pude lograr desconectar mi mente de la rodilla. Jamás, hasta el día de mi retiro, volví a jugar libremente desde lo mental”.

Capítulo V

Messi y otros cracks

“Lo mejor de mi etapa en el Barcelona fue haber integrado un plantel fantástico, maravilloso... Con futbolistas de enorme calidad y grandes seres humanos. Dentro de ese increíble grupo destaco a Lionel Messi, un grande como jugador pero mucho más como persona. Sin embargo, Leo no fue el único crack con el que tuve la fortuna de jugar en el mismo equipo. Me siento un privilegiado por haber compartido el campo de juego con grandes futbolistas a lo largo de mi carrera, no sólo en Barcelona sino en los distintos clubes y selecciones en las que he participado”.

Mi amigo Leo...

La primera vez que Milito se cruzó con Lionel Messi fue en aquel amistoso que la Selección Argentina disputó contra Hungría, el 17 de agosto del 2005. Era el debut absoluto de Leo en la Mayor y su estreno resultó fallido: entró y antes del minuto de juego, insólitamente, se fue expulsado. Ese día, ambos compartieron un lugar en el banco de suplentes. El entrenador era alguien especial y conocido para ambos: José Pekerman. “Fue el primer contacto con él, de compartir una concentración, un entrenamiento, un viaje en micro hacia la cancha... Era un nene, calladito, ni se le escuchaba la voz...”, recuerda. Claro que Messi ya era conocido por Gaby gracias a la TV. “Lo había visto en un par de partidos en el Barcelona pero sobre todo en el Mundial Juvenil Sub 20 mientras yo formaba parte de

la Selección en la Copa de las Confederaciones, en Alemania, donde perdimos la final con Brasil”, dice. Así fue. Un mes y medio antes de ese primer contacto entre ambos en Budapest, Leo daba la vuelta olímpica en Holanda. “Ahí lo descubrí y pude observarlo con mayor detenimiento. Le entregaron el Botín de Oro, el Balón de Oro... Ya se veía ahí lo que iba a ser después”, agrega el Mariscal, que en aquel partido contra Hungría jugaba aún para el Zaragoza.

Luego de aquel amistoso volvieron a verse en otros encuentros disputados por la Selección, preparatorios para el Mundial de Alemania 2006, y también llegaron a enfrentarse en la Liga, uno actuando con la camiseta del Zaragoza y otro con la del Barcelona. “Entrenando con él en la Selección o jugando en contra en el campeonato español, te dabas cuenta de que pintaba para cosa seria. Tenía una precisión con la pelota a una gran velocidad que me sorprendía... Limpiaba rivales como loco. Algo que realmente no se lo había visto a nadie hasta ese momento. Era difícil de detener una vez que tomaba envión y con la pelota pegada al pie. Tenía la facilidad de llevarla cortita, ahí como atada al empeine”, lo describe.

Ya en el Mundial del 2006, Gabriel recuerda una anécdota que marcó un antes y un después entre ambos. “Había empezado la Copa, creo que Argentina ya había jugado el primer partido. Estábamos por arrancar un fútbol reducido en un entrenamiento, entre los suplentes, cuando se me acercó Leo y me tiró: ‘Gaby, hoy no me vas a pegar, ¿no?’. Me reí y le dije que no, que se quedara tranquilo. Me había aclarado eso porque él jugaba tan bien, era tan rápido, que yo a veces, en otros entrenamientos, le había dado alguna que otra patada sin intención, por llegar a destiempo más que nada. La cuestión es que empezamos a jugar y Leo la empezó a mover. Su equipo nos estaba pegando un baile bárbaro, la tocaban y todo y yo, que estaba medio caliente, en la última jugada fui y le pegué una patada. Leo me miró

HISTORIA DE UN MARISCAL

y me reprochó, quejándose: ‘uy Gaby, ¿otra vez?’. Yo me acerqué y lo miré serio y enojado. Después de eso, fuimos a elongar, me enfrié y me sentí mal por lo que había pasado. ‘Pobre Leo, mirá lo que le hice’, me reprochaba a mí mismo. Entonces, al volver al hotel, encaré derecho para su habitación. El compartía la pieza con Oscar Ustari. Entré, estaba con Oskey, y le dije: ‘vení, dame un abrazo, te pido disculpas, pasa que estaba caliente...’. Me respondió que estaba todo bien. Terminamos riéndonos juntos y creo que a partir de ahí empezamos a llevarnos cada vez mejor”.

La relación, en esos contactos que mantenían gracias a las convocatorias para la Selección, iba haciéndose cada vez más estrecha. Hasta que llegó la Copa América del 2007 en Venezuela, ya con Alfio Basile como entrenador. El equipo venía en un gran nivel, los dos eran titulares y el seleccionado se perfilaba para lograr el título. En ese momento, en pleno torneo, la Juventus negociaba en secreto con Gaby para ficharlo. “Casi nadie lo sabía pero yo ya me había hecho la revisión médica para ir a la Juve, en París. Con el club italiano ya tenía mi contrato arreglado y sólo faltaba que ellos se pusieran de acuerdo con el Zaragoza”, cuenta. ¿A qué viene este dato? A lo que sucedió una tarde en plena Copa. “Después de merendar en el hotel donde estábamos concentrados, nos subimos al micro para ir a entrenarnos. En eso viene Leo al lugar donde yo me había sentado y me avisa en voz baja: ‘Gaby, me acaba de llamar Laporta, el presidente del Barsa. Me pide que te diga que por favor no fiches para la Juventus porque te ficha el Barcelona’. Me terminó de decir eso y me quedé. Le pregunté si estaba seguro, si era cierto, y me aseguró que sí, que acababa de cortar. Fuimos a entrenarnos y cuando volví al hotel me comuniqué con Eduardo Gamarnik, mi representante, que se encontraba en España. Ahí me confirmó la información. ‘Gaby, quedate tranquilo que hace un rato me llamaron y ahora estoy yendo

a una reunión con un dirigente del Barcelona. Después te cuento’, me dijo”. El pase ya estaba activado...

Aquel mensaje de Joan Laporta, el presidente del Barsa, que Messi se encargó de trasladarle, surtió efecto. Milito privilegió al Barcelona por sobre la Juventus en la negociación y hubo final feliz... “El día que jugábamos la semifinal de la Copa contra México, que ganamos 3 a 0, me levanté de la siesta y recibí justo un llamado. Era Miguel Pardeza, el director deportivo del Zaragoza y actual dirigente del Real Madrid. Me dijo: ‘Gaby, felicitaciones. Acabamos de salir de una reunión y ya eres jugador del Barsa’. Obviamente que en un momento así te invade la emoción, la felicidad... De ahí fuimos a la merienda y yo no quería contarle a nadie porque unas horas más tarde jugábamos contra México. En esos días el pase no lo pude disfrutar mucho porque mi cabeza estaba en romperla esa noche y que el equipo pasara a la final. Mi objetivo, como el de todos los integrantes del plantel, era ganar esa Copa América. Estábamos muy entusiasmados, con ganas de ser campeones. A uno de los primeros que le conté, después de aquel partido con los mexicanos, fue justamente a Leo, quien se puso muy contento. A partir de ahí íbamos a ser compañeros en el mismo club. Recuerdo que a los pocos días, antes de la final con Brasil, vino Fabi Ayala y me contó que él estaba cerca de ser jugador del Zaragoza, que buscaba un central porque yo me iba al Barcelona. Ahí la noticia ya había trascendido y recibí las felicitaciones de todos mis compañeros. Lo único malo fue que perdimos la final con Brasil. Una gran decepción. Hicimos un mal partido cuando veníamos de realizar un gran torneo”.

Ya juntos en el Barsa se fue afianzando la buena onda. Y del compañerismo pasaron a la amistad, que se trasladó al hecho de compartir horas fuera del fútbol, con las familias de cada uno incluso. Casi al finalizar esa primera temporada, la 2007/08 en la que fueron diri-

HISTORIA DE UN MARISCAL

gidos por Frank Rijkaard, Gabriel se lesionó la rodilla, fue operado y arrancó su larga inactividad. “Leo siempre estuvo conmigo, acompañándome, con gestos de grandeza que demuestran que como persona es mucho mejor que como jugador”, explica. Estaba por terminar la segunda temporada, la primera con Pep Guardiola al frente del plantel (2008/09), y Milito aún no había regresado a las canchas. Llegó la última fecha de la Liga y el Barga se coronó campeón antes de jugar su partido debido a los resultados que se habían dado el día anterior. Entonces, en el Camp Nou se organizó todo para festejar la obtención de la Liga y también la reciente Copa del Rey, donde el equipo había goleado al Bilbao en el partido decisivo. Sólo faltaba disputarse la final de la Champions League, que se jugaría el miércoles siguiente en Roma contra el Manchester United, para conseguir el triplete.

“Ese día, en el Camp Nou, iba a haber una fiesta luego del partido. La idea era festejar los dos títulos conseguidos y anunciar un ‘nos vemos a la vuelta de Roma’ con la esperanza de regresar con la Orejona. Recuerdo que estábamos todos en el palco observando el encuentro, en el que como el Barga ya era campeón, Pep puso suplentes y reservó a los titulares para la final de la Champions. Cuando estaba por terminar el partido, había que bajar al vestuario para cambiarse y salir a la cancha. Al llegar al camarín, vi en mi casillero toda la ropa de futbolista. La miré y me quedé. Sentí como una barrera. Yo no había jugado ningún minuto de esa temporada, no había podido ir al banco tampoco. Ni un entrenamiento de fútbol con el plantel había realizado... Ahí sentí que no me la podía poner. No me sentía campeón. Entonces, en silencio, mientras todos se cambiaban, decidí irme a mi casa, sin que nadie me viera...”

“Cuando salí al pasillo, justo de frente venía Leo. Me vio salir y me preguntó: ‘Gaby, ¿qué hacés?’”. Le expliqué: ‘Leo, me voy a casa, no siento que tenga que participar de esta fiesta, festejando con ustedes.

No jugué ni un partido'. A lo que él me respondió: '¿Pero cómo te vas a ir? ¿Estás loco? Quedate acá'. Me quiso convencer pero no pudo. Me fui. Apenas subí al auto, lo primero que hice fue llamarlo a Diego, que estaba en Italia. Mientras iba manejando le contaba lo que había hecho. 'Estás loco, tenés que volver y celebrar con tus compañeros. Vos desde afuera también aportaste', me decía mi hermano. Pero yo ya lo había decidido. Cuando corté fue justo en la puerta de casa. Abrí y Silvi, mi mujer, que estaba mirando los festejos por TV, me vio y se sorprendió: '¿Qué hacés acá?'. Le conté por qué no me había quedado, me senté en el sillón y fue justo ahí cuando Leo, que ya había hablado para toda la gente, volvió a agarrar el micrófono", continúa.

En ese momento, Messi miró a la multitud en el Camp Nou y exclamó: "Yo quiero recordarles una cosa. Hoy no está acá con nosotros Milito... No quiso salir acá porque es un boludo, nada más...". Acto seguido, en todo el estadio atronó una ovación y el "Miiiiiiiiito, Miiiiiiiiito...". En su casa, la que le alquiló a Javier Saviola cuando llegó al Barcelona, Gaby lo vio por TV. "Fue muy fuerte, una emoción grandísima que Leo se acordara de mí en ese momento. Silvi, cuando lo escuchó, se largó a llorar y yo me aguanté las lágrimas. Lo que pasa es que yo la estaba pasando muy mal en ese momento. Hacía un año que no jugaba por la lesión y anímicamente estaba muy bajoneado. Ese gesto de Leo, como también el afecto de todos los hinchas, me movilizó y siempre se lo voy a agradecer".

Pocas semanas antes de ese hecho hubo otra anécdota con Leo como protagonista, dividida en realidad en dos partes, y que muestra el afecto que el 10 siente por el defensor. La primera arranca así: "El Bارسا jugaba la ida de la semifinal de la Champions contra el Chelsea en el Camp Nou. Fue un partido que terminó 0 a 0 (luego en Stamford Bridge empató Iniesta sobre el final y el equipo pasó a la final). Esa semana justo había llegado mi viejo de Buenos Aires junto

HISTORIA DE UN MARISCAL

con Lucas, un amigo. Antes del partido mi papá me preguntó si podía pedirle la camiseta a Leo para regalársela a un amigo. Le dije que no había problema. Fui al vestuario y le pedí a Leo que me guardara por favor su camiseta para mi papá. Después del partido volví a verlo, a la salida, y cuando me dio la camiseta me dijo: ‘Gaby, mirá que es para tu viejo, eh... No es para vos’. Yo la agarré y le dije: ‘sí, boludo, es para él, no para mí’. La cosa quedó ahí”.

La segunda parte siguió unas semanas después... “Llegó la final de la Champions en Roma ante el Manchester United. Yo viajé con el plantel, aunque no podía jugar. El Barsa ganó 2 a 0 con un gol de Eto’o y otro de Messi. Cuando terminó el partido, me metí en la cancha para saludar a mis compañeros. En un momento, en pleno festejo, cerca del área donde detrás de ese arco estaba la tribuna con hinchas del Barsa, me crucé a Leo. Lo abracé, lo felicité y ahí se sacó su camiseta. ‘Tomá Gaby, esta sí es para vos, esta es la que yo te quería regalar..’. Fue un gran gesto. Guardo esa camiseta con mucho cariño. Lo gracioso es que al momento de la premiación volvió corriendo y me la pidió. ‘¿Me la prestás que me la pongo para que me den la medalla? Después te la devuelvo porque ya es tuya’. Un grande, je...”.

Más allá de las anécdotas personales, que sirven para entender la amistad que los une, Gaby siempre ponderó las enormes cualidades futbolísticas de Messi. Como todos, quedó rendido ante la evidencia de sus demostraciones dentro del campo de juego. En sus años en Barcelona, Milito fue observando cómo Leo iba creciendo futbolísticamente hasta transformarse en... “Para mí, en el mejor de la historia de este deporte. A mí no me gusta comparar. Si ya hizo más que Maradona, si ya hizo más que Pelé... No lo sé. Lo que sostengo es que al verlo jugar a Leo, me hago la pregunta al revés: ‘¿habrá existido alguien antes que haya hecho todo lo que hizo Messi?’. Es

un monstruo. Me parece injusto que tenga que ganar un Mundial, por ejemplo, para ser considerado el mejor de todos”.

A la hora de dar ejemplos sobre lo crack que es Messi dentro de la cancha, Milito recuerda algunos episodios cuando ya se había recuperado de la lesión. Uno de ellos fue por los cuartos de final de la Champions League del 2010, contra el Arsenal. “En el partido de ida, en Inglaterra, habíamos empatado 2 a 2. Llegó la revancha en el Camp Nou y más o menos a los 15 minutos nos hacen un gol. Yo me quedé puteando, enojado, con una bronca bárbara... En eso lo veo a Leo, que estaba para sacar del medio. Recuerdo que cruzamos una mirada y es como que me tranquilizó, lo noté como confiado en que lo íbamos a dar vuelta. Eso me calmó... ¿Y qué pasó al final? Ganamos 4 a 1 con cuatro goles de Leo. Una bestia”.

Al principio, esas acciones lo sorprendían pero con el tiempo se volvieron habituales. “Leo es un jugador super competitivo como hay pocos en el fútbol. Y humilde como ninguno. Si Leo no tuviera esa humildad, esa cosa de no creerse el mejor, no intentaría superarse día a día como lo hace. Con todo lo que ganó, con todo lo que ya hizo, él siempre busca más y más. No se conforma nunca. A él le gusta jugar todo y también ganar todo”, lo define. Y lo justifica con otra anécdota. “No recuerdo bien el partido, pero estábamos en el túnel para salir a jugar el segundo tiempo. Yo ese día estaba como suplente. Me cruza y me avisa: ‘Gaby, preparate que antes de los diez minutos hago un gol y voy al banco a festejarlo con vos’. ¡Y lo hizo!”. Incluso, en su archivo fotográfico, Milito guarda la imagen de aquel abrazo.

Con respecto a la Selección Argentina, hoy Messi disfruta. Pero hubo una época en la que era cuestionado, que no la pasaba nada bien. Y Milito puede dar fe de ello. “A mí me consta que cambiaría muchos logros con tal de salir campeón del mundo con la Selección,

por ejemplo. En aquel momento me parecía inentendible que mucha gente lo criticara porque no cantaba el himno... O cuando decían que la rompía en el Barsa pero no rendía en la Selección. Con el tiempo, Leo puso las cosas en su lugar. Yo sé muy bien el grado de compromiso que siempre tuvo para con la Selección Nacional”.

Sobre si es un líder futbolístico solamente, Gaby responde: “Leo es un líder natural en todos los aspectos. Sobre todo por lo que significa su figura. Recuerdo que cuando lo conocí era muy tímido. Pero era lógico también. A esa edad, siendo tan joven, todos somos iguales, callados, introvertidos... Luego, a medida que fueron pasando los años y fue creciendo en lo futbolístico y madurando en lo personal, empezó a ocupar lugares que te dan cierta ascendencia dentro de un grupo. Es un proceso natural. Además, no es un detalle menor, pero él tiene el plus de ser el mejor jugador del mundo. La gente tiene que ver lo líder que es que cuando en la Selección le dieron la cinta de capitán, él la llevó sin que le pesara. Al contrario, creo que empezó a jugar aún mejor”.

Cuando Milito entendió que era hora de regresar al fútbol argentino, más precisamente a Independiente, no lo habló con Messi porque sabía que Lionel haría lo imposible para convencerlo de que se quedara en el Barcelona. “Se enteró por otros de que yo ya no volvería a España y que me quedaría en la Argentina luego de la Copa América. Me llamó un par de veces y no quise atenderlo. Hasta que decidió escribirme un mensaje de texto larguísimo. Silvi lo leyó y se puso a llorar de la emoción. Imaginate sus palabras... El Enano me quiere mucho y yo también a él”.

El afecto de Messi por Milito no solamente lo exteriorizó aquella vez que tomó el micrófono para decirle que era un “boludo” por ausentarse de aquel festejo puntual. Apenas se confirmó la llegada de Gaby al Barcelona, en el 2007, Leo aseguró ante la prensa: “Es

una noticia buenísima. Va a aportar al equipo cosas importantes, será clave para reforzar la defensa”. Antes del Mundial 2010 hizo fuerza, mediante declaraciones periodísticas, para que Gabriel fuera citado por Diego Maradona. Cosa que finalmente no ocurrió. “Argentina tiene muchos buenos jugadores y la mayoría está en un gran nivel. A mí me gustaría que Milito pueda estar, es un amigo y le vendría muy bien al seleccionado argentino, pero no soy yo el que lleva a los jugadores ni el que decide”, aseguró. Después de aquellas declaraciones, el propio defensor le pidió a Messi que dejara de postularlo mediáticamente porque podía entenderse como una opinión interesada.

Hoy, a la distancia, hablan seguido. Y cada vez que Messi viaja a la Argentina se hace un tiempo para reencontrarse con Gaby.

Otros cracks

Xavi

“En aquel Barsa imbatible se notaba cuando Messi no jugaba. El otro jugador del plantel que a mí entender era insustituible en ese equipo era Xavi. Cuando no entraba a la cancha, el funcionamiento colectivo del Barsa se resentía un poco. Dueño de una técnica envidiable, Xavi no es el típico 8 que suele conocer el hincha argentino. Su juego es más por adentro, no por la banda. Desde ahí manejaba los hilos del equipo. El necesitaba estar siempre en contacto con la pelota para tocar de acá para allá. Uno de los secretos del Barsa era por qué Xavi recibía casi siempre libre de marcas. Pasaba por el sistema de juego pero también por su dinámica. Si uno lo observa en un partido se da cuenta de que no para nunca de moverse. Esa dinámica, sumada a su inteligencia, es la que le permite ubicarse en los espacios donde no están los rivales. La generación de juego del equipo siempre se iniciaba desde el fondo, pero el que le daba otro estilo cuando agarraba la pelota era Xavi”.

Iniesta

“Andrés es otro jugador de una calidad enorme. Es muy parecido a Xavi en cuanto a jerarquía e inteligencia para moverse y encontrar los espacios. La diferencia es que Iniesta, además de jugar como volante interior, también puede hacerlo como extremo por sus características de juego. Andrés es más habilidoso y desequilibrante en el uno contra uno. Le gusta más gambetear, tiene otro estilo. Y nadie duda de la gran influencia que tuvo su juego en el Barcelona y también en la Selección de España”.

Savio

“En mis primeros años en Zaragoza tuve la posibilidad de compartir equipo con el brasileño Savio. Puedo asegurar que fue uno de los futbolistas más fantásticos que me tocaron jugar en mi carrera. Un monstruo con todas las letras. Había jugado cinco años en el Madrid, también en su selección... Quizá, por su perfil tan bajo, tuvo menos fama y repercusión que otros jugadores contemporáneos a él. En el Zaragoza jugábamos 4-2-3-1 con Víctor Muñoz de técnico y Savio se movía como extremo por la izquierda. Dueño de una zurda maravillosa, desequilibraba por su pegada y por su visión de juego. Tenía mucha clase y desde la banda generaba todo el fútbol que tenía ese equipo”.

Esteban Cambiasso

“Cuchu es un amigo de la vida, pero a la hora de analizarlo futbolísticamente, llego a la conclusión de que es uno de los jugadores más inteligentes que conocí dentro de un campo de juego. Ya en Juveniles se notaba su capacidad para leer el juego, esa característica que lo distinguió a lo largo de su carrera. El sabe, desde su lugar en la cancha, cuándo presionar, cuándo esperar, cuándo salir jugando, cuándo

no... Tiene un criterio que muy pocos jugadores lo tienen. Por algo ha rendido en las distintas posiciones en las que ha jugado en todos estos años. Por algo también ha convertido tantos goles en su carrera. Siempre sabe dónde va a caer la pelota, esa intuición es parte de su inteligencia”.

Juan Román Riquelme

“En toda mi carrera en el fútbol hubo sólo dos futbolistas que al entrar a una cancha yo sentía que si ellos jugaban para mi equipo no podíamos perder. Uno es Messi. El otro, Román. Entrabas al campo de juego, lo veías a Riquelme de tu lado y ya era una sensación de tranquilidad. Porque él agarraba la pelota en los momentos más calientes de los partidos. Y no sólo que la agarraba... ¡Era cuando mejor jugaba! Para cualquier futbolista, tener un compañero con esa personalidad y esa calidad para jugar al fútbol es una garantía”.

Diego Milito

“Más allá de ser mi hermano, es uno de los grandes jugadores con los que me tocaron jugar. En realidad fueron más las veces que lo enfrenté que las que fuimos compañeros en el mismo equipo. Salvo unos meses en Viejo Bueno, cuando teníamos cinco, seis años o en Zaragoza, en las temporadas 2005/06 y 06/07 o en algunos pocos partidos en la Selección, siempre jugamos en contra. Lo sufrí bastante porque es un delantero que tiene técnica, velocidad y rapidez mental para decidir en segundos. Además, hace goles... Su mentalidad ganadora lo ayudó mucho en su carrera. Recuerdo aquellos cuatro goles que le hizo en un partido al Real Madrid, por la Copa del Rey. O su fantástica actuación en la Champions que salió campeón con el Inter, cuando nos eliminaron con el Barsa en semifinales. Diego es un delantero completo, de los más difíciles que enfrenté”. En la Ar-

gentina no tuvo el reconocimiento que sí logró en Europa. Sin dudas, tendría que haber ganado el Balón de Oro en el 2010 por el excelente año que tuvo.

Ronaldinho

“Un fenómeno. Lo conocí por primera vez cuando lo enfrenté jugando para Independiente y él para Gremio en un torneo juvenil cuando teníamos 13 años. Ya ahí era distinto. Luego lo tuvo enfrente en distintos juveniles y en los Zaragoza-Barcelona. Me acuerdo de una anécdota apenas llegó al Barsa. Era el día anterior a un partido, no recuerdo el rival. Al terminar el entrenamiento le dijo a Jorquera, el arquero suplente, que quería practicar tiros libres. Le trajeron la barrera metálica. Lionel y yo, que estábamos juntos, decidimos ir a mirar cómo le pegaba en vez de ir para el vestuario. La acomodó fuera del área, en posición ideal para un diestro, y empezó a pegarle. Fueron como 25 , 30 tiros libres. Me sorprendió que todos iban al palo de la barrera. Y metió la mayoría en el ángulo. Algunos pegaban en el palo o en el travesaño o se iban muy cerquita. Al otro día, en el partido, nos cobran un tiro libre a favor casi en la misma zona donde él había estado ensayando el día anterior. Yo dije: ‘le pega por arriba de la barrera y es gol’. Y fue gol, sí. Pero con una sorpresa: la clavó en el ángulo ¡pero del palo del arquero! El día anterior jamás le había apuntado ahí”.

Gerard Piqué

“Lo conocí cuando llegó a Zaragoza, en la pretemporada que hicimos en Holanda a mediados del 2006. En un primer momento me impresionó su contextura física, su estatura. Y luego me impresionó aún más cuando descubrí su gran técnica y sus condiciones futbolísticas. Le gusta salir jugando, darle un traslado correcto a la pelota. Eso luego lo llevó al Barcelona, donde se convirtió en uno de los mejores

defensores del mundo. Compartimos muchas cosas juntos, lo considero un gran amigo y un gran futbolista. De los mejores defensores con los que he compartido equipo. En su caso, tanto en Zaragoza como en Barcelona”.

David Villa

“Junto con Piqué, son los dos únicos jugadores con los que compartí dos clubes en mi carrera. David llegó a Zaragoza la misma temporada que yo. El venía proveniente de Sporting de Gijón y en ese 4-2-3-1 que utilizábamos con Víctor Muñoz, él era el única punta. Ya en esa época se destacaba por ser rápido y tener el arco entre ceja y ceja. Vivía para el gol. En ese entonces era un poco ansioso y eso a veces le jugaba en contra. Cuando coincidimos en el Barsa ya había madurado como futbolista, se había perfeccionado y demostró lo gran delantero que es”.

Juan Sebastián Verón

“Compartimos momentos en la Selección Argentina... Amistosos, partidos de Eliminatorias, la Copa América 2007... Un jugador completísimo. Difícil de encontrar alguien con tanto talento y, a su vez, con tanto sacrificio para el equipo. Para mí es un futbolista fantástico, con una pegada y una visión de juego impresionante. A eso hay que sumarle su dinámica para encontrar los espacios así como para saber ubicarse a la hora de recuperar la pelota. Un gusto haber jugado con él”.

Diego Forlán

“Con Cacha arrancamos en la Primera del Rojo casi al mismo tiempo. Compartimos aquellos momentos que eran nuevos para nosotros y ahí fortalecimos una amistad que aún continúa. Diego es un delantero letal. Con un remate y un poder de gol increíble. Le pega a la

HISTORIA DE UN MARISCAL

pelota con las dos piernas sin ningún problema. A tal punto maneja bien ambos perfiles que muchos no saben si es zurdo o diestro. Como rival nos hemos enfrentado muy seguido y siempre fue complicado de marcar. También destacó de él esa mentalidad para querer superarse siempre”.

Javier Zanetti

“También tuve el honor de jugar con él en la Selección. Pupi es un crack como profesional, un ejemplo. Su trayectoria habla por sí sola. No cualquiera logra mantenerse 20 años en la elite y en un club tan grande como el Inter de Italia. Yo digo que Javier es un jugador en el que todo futbolista que recién empieza tendría que reflejarse o copiar. Además, claro, de sus cualidades dentro del campo de juego, en el que se destacó como un lateral completo”.

Capítulo VI

El retiro y el nuevo DT

“Volver a Independiente era una decisión ya tomada desde el preciso instante en que me fui del club, en el 2003. Deseaba finalizar mi carrera en el mismo lugar donde la había iniciado y en el club que permitió que después pudiera desarrollarme deportivamente en Europa. Lo que soy como futbolista se lo debo a Independiente... Por suerte, pude cumplir con esa idea de retirarme acá. La experiencia en sí no fue del todo positiva por muchísimos problemas que encontré en la institución y que derivaron luego en el descenso. Terminé agotado mentalmente, más allá de algunos problemas físicos que también sufrí. Pero esta es mi casa y por eso hoy me siento feliz de haber arrancado acá mi nueva profesión, la carrera de entrenador. Si el día de mañana sintiera las ganas de dirigir en Primera, será imposible para mí no pensar en hacerlo en Independiente”.

El retorno y el adiós

El 3 de agosto del 2011, Independiente, dirigido por Antonio Mohamed, perdía la ignota Suruga Bank contra el Jubilo Iwata de Japón, por penales. Terminaba, de la peor manera, una gira desgastante que trajo consecuencias deportivas. El ánimo de la gente del Rojo no era el mejor al perder una copa que parecía accesible, pero al día siguiente, mientras la delegación cruzaba el mundo en su regreso a Avellaneda, una noticia sacudió a todos: Gabriel Milito, quizás el último ídolo para muchos hinchas, confirmaba la vuelta al club de sus amores. Por la tarde, el Mariscal firmaba su contrato y

era presentado en una conferencia de prensa en la sede de la Avenida Mitre. Con la camiseta 18 en mano, el número que usó en su debut profesional, expresaba su satisfacción por el retorno y ahí mismo se ponía como objetivo estar en condiciones para re debutar a la semana siguiente, en el encuentro de ida con el Inter de Porto Alegre por la Recopa Sudamericana.

La semana anterior a la firma del contrato, Gaby ya había motorizado su salida del Barcelona, primero, y su llegada a Independiente, después. “Una vez que hablé con Guardiola y entendí mi decisión, le pedí a mi amigo Adrián que se comunicara con Julio Comparada y le expresara mi deseo de regresar al club”. En ese entonces, en pleno receso y en vistas al próximo torneo Apertura, el club estaba negociando el arribo de Hernán Pellerano para la posición de segundo marcador central. De hecho, la llegada a préstamo del defensor estaba bastante avanzada. Sin embargo, el ex jugador de Vélez recibió un llamado a último momento, poco antes de ir a la sede a firmar. “Me llamó un dirigente y me avisó que el pase no se iba a realizar porque Milito volvía al club”, comentó en aquel entonces ante la prensa. Efectivamente eso fue lo que ocurrió. Comparada, al recibir el mensaje de Gabriel, frenó aquella operación. “Gaby me pidió que llamara al presidente de Independiente para decirle que él tenía decidido volver al club y si la dirigencia estaba de acuerdo con su intención. El quería ser respetuoso y no pasar por encima de cualquier opinión que tuviera Comisión Directiva al respecto”, cuenta Adrián Faija.

“Recuerdo que nos juntamos con Comparada en mi casa. Le hablé sobre mis ganas de regresar al club. Lo económico ni lo tocamos porque eso no era una traba para mí. Así que apenas surgió ese tema en la charla derivé el asunto para que se encargara Adrián. Sí se habló de la duración del contrato. Me propuso firmar por tres años y le respondí que mi idea era jugar uno o dos. En esa reunión se definió todo. Al día

siguiente envié el fax con la rescisión del contrato a Barcelona y me fui a la sede de Mitre a firmar y a la presentación oficial. Al final cerré por tres años pero en eso no había problema porque si yo me retiraba antes iba a rescindir de común acuerdo”, relata con lujo de detalles.

Hasta ese último instante, Milito tuvo chances concretas de cerrar su vínculo con distintos clubes europeos. El Galatasaray de Turquía lo llamó y le ofreció un jugoso contrato por tres temporadas. Y el Zaragoza, sí, otra vez el viejo y querido Zaragoza, hizo un último y desesperado intento por recuperarlo. “Antes de ir para la sede me llamó Pedro Herrera, el secretario técnico del club, y quien tanta fuerza había hecho para que yo jugara en el Zaragoza. Cuando le conté que iba a firmar para Independiente me preguntó si estaba loco. ‘Te vienes un año o dos a Zaragoza y luego vas y acabas tu carrera en tu club como es tu deseo’, me ofreció, además de hacerme una propuesta en lo económico. Le agradecí el interés pero le dije que era una decisión tomada y que ya no había vuelta atrás”.

Su debut fue como había anticipado: en la Recopa, contra el Inter de Brasil, en Avellaneda. La alegría por el retorno se vio opacada al perder esa Copa en la revancha, en Porto Alegre, en donde no tuvo una buena actuación en lo personal. Fue todo un síntoma de que su estadía en el club no resultaría tan placentera como deseaba. Un club con un sinfín de problemas económicos e institucionales, tapado de deudas, era un cóctel difícil de digerir..

“Jugué un año y no dos como pensaba en un primer momento. La realidad es que no lo disfruté como hubiese querido. Antes de volver sabía bien que el club se encontraba con muchas dificultades, pero una vez que estuve ahí adentro me encontré con una situación muchísimo peor que lo que me imaginaba. Desde todo punto de vista. Tantos problemas me terminaron agotando mentalmente. Promesas incumplidas, cosas que se necesitaban y no se conseguían... Yo como

capitán era el que expresaba las necesidades del plantel. Sentía la obligación de hacerlo por mi historia en el club, por mi trayectoria... Así, fui dando la cara ante cada problema nuevo que aparecía. Y todo eso fue muy desgastante. A esa situación negativa, además, se le sumaron los problemas físicos que empecé a padecer. Por eso, al cabo de un año, decidí que era hora de retirarme. No estaba disfrutando sino sufriendo. Y dije basta”, confiesa.

El contexto no era favorable tampoco. Después de tantos años sin pisar el predio de Villa Domínico, Milito se golpeó con la realidad. No imaginaba encontrar el complejo peor que cuando se fue, ocho años atrás. El gimnasio, por ejemplo, tenía apenas tres máquinas... Eso lo movilizó a donar una cierta cantidad de dinero para reacondicionar el lugar. Como retribución a su desinteresado aporte, hoy ese gimnasio lleva su nombre. Lo positivo es que su presencia en el vestuario sirvió de aprendizaje para los más chicos. Patricio Rodríguez, por ejemplo, se encontrab en condiciones de quedar libre muy pronto e irse a otro club con el pase en su poder. Fue Milito el que lo agarró un día y le aconsejó que se fuera en buenos términos: “Primero firmá y después te vas”. Así fue.

El físico, a esa altura, tampoco ayudaba y empezaba a cobrarle tanto tiempo de inactividad... “Como consecuencia de ese largo parate por la rodilla que tuve en Barcelona, comencé a sufrir otro tipo de molestias físicas. Por ejemplo, en esa última etapa en Independiente me agarraba mucho dolor en la zona del pubis y me tuvieron que infiltrar en varias ocasiones para poder jugar. También, el hecho de cargar todo el peso sobre la pierna izquierda, la sana, me generó problemas en la cadera de ese lado. Así se hacía cada vez más difícil. No quería entrar a la cancha para dar ventajas. Por mí y por el club. Por eso sentí, a la hora de evaluar mi retiro, que lo más saludable para todos era que no siguiera jugando”, reconoce.

HISTORIA DE UN MARISCAL

La decisión, en su interior, la tomó en la pretemporada de verano que el plantel efectuó a inicios del 2012 en Chapadmalal, con Ramón Díaz como entrenador. Y el primero en enterarse fue Cristian Díaz, quien reemplazó al Pelado en el cargo tras el flojo comienzo de Independiente en el Clausura de ese año (cuatro derrotas en las cuatro primeras fechas). “Cristian agarró antes del famoso partido contra Boca, el del 5 a 4 en la Bombonera. Yo no estaba en condiciones de jugar ese día por una molestia en la rodilla, pero Cris me pidió que jugara, que me necesitaba para ese encuentro. Finalmente jugué infiltrado por el doctor Luis Chiaradía pero tuve que ser reemplazado antes del final del partido. Ese triunfo fue una gran alegría para mí y para el grupo por el contexto. Después de ese partido encadenamos una buena racha, con varias victorias seguidas. Pero Cristian sabía que yo en junio me retiraba. No pasaba por una cuestión de resultados o de funcionamiento colectivo. Tenía que ver con otras cosas...”. En aquel partido contra Boca, ya sentado en el banco en los minutos finales, le aconsejó al técnico que pusiera a Fernando Godoy para colocarle una marca fija a Riquelme, quien venía complicando.

Se despidió en una fría tarde en el Libertadores de América con un 0 a 0 contra San Lorenzo, el 17 de junio del 2012. Recibió la cálida ovación de los hinchas y él besó el césped en señal de agradecimiento a un lugar que significó tanto para su carrera. Todavía no era palpable el descenso pero el equipo ya había entrado en un tobogán del que no pudo zafar. Y él se fue, con su semblante triste, como deseando otro final para sus 15 años en el fútbol. Por eso, recién en este 2013, aceptó que le realicen un partido despedida. Lo habían tentado luego de aquel último encuentro con San Lorenzo pero él respondió que no. Esta vez se le ocurrió una causa noble que lo motivó a cambiar de opinión: que el dinero recaudado sea utilizado para realizar mejoras en el predio de Villa Domínico, en

función del trabajo que hacen las Divisiones Inferiores. También en diciembre de este año, Milito gestionó la creación de la Fundación que llevará su nombre y que será un instrumento para juntar fondos que se destinarán a obras en el complejo donde se entrenan los juveniles del club.

Después de colgar los botines y tras seis meses en los que disfrutó de la vida con su familia, en donde pudo aflojar ciertas tensiones y recuperar un poco la tranquilidad, recibió una oferta impensada. Juan Sebastián Verón fue a verlo a su casa para ofrecerle ser el entrenador de la Reserva de Estudiantes de La Plata. O en su defecto, que ocupara algún otro cargo dentro de las Inferiores del club. “Con Seba nos conocíamos de la Selección, tenía una relación excelente con él. Le agradecí la propuesta y que me tuviera confianza para ocupar ese cargo, pero le contesté que hacía seis meses había dejado el fútbol y aún no tenía intenciones de trabajar. Que lo dejáramos para más adelante si es que existía nuevamente esa posibilidad. Destaco su interés porque no es fácil que un tipo tan importante del fútbol se haya interesado en mi sabiendo que yo no tenía experiencia dirigiendo”.

Ya en pleno primer semestre del 2013, con Independiente peleando por escaparle al temido descenso, Milito visitó el vestuario del Libertadores de América antes de que el equipo enfrentara a Unión de Santa Fe. “Hablé con el Tolo Gallego y me dijo ‘la semana que viene te quiero acá con nosotros’. Le dije que sí, que los iba a acompañar. Pero al otro día dejó de ser el entrenador. Como yo les había comentado a algunos de mis ex compañeros que en la semana iba a pasar por Domínico, al lunes siguiente fui y estuve charlando con ellos. Los noté muy angustiados por la situación y yo sentí que tenía que involucrarme, apoyarlos, darles una palabra de aliento para ver si podía ayudar a descomprimir un poco la presión que estaban viviendo.

Después llegó Miguel Brindisi y me ofreció integrar el cuerpo técnico. Yo esa propuesta no la veía tan clara. Primero, porque a él y a sus ayudantes no los conocía. Y segundo, porque si aceptaba, el plantel seguramente iba a distanciarse un poco de mí. Quieras o no, al estar en el cuerpo técnico, el distanciamiento es inevitable. Y eso me iba a privar de tomar mate con ellos en la utilería, de compartir ciertos momentos... Además, yo no quería tomar decisiones o influir en cuestiones futbolísticas sobre jugadores que habían sido mis compañeros. Sentía que mi mayor contribución en ese momento podía darse desde el punto de vista anímico. Todo eso se lo expliqué a Miguel, a quien le agradezco enormemente el buen gesto que tuvo para conmigo”.

Llegó el fatídico descenso y para Milito, no fue por azar ni por ninguna mano negra. “Conviví seis meses con Comparada y seis meses con Cantero. Es muy poco como para evaluar sus gestiones y tampoco soy quién para hacerlo. Lo que sí puedo decir es que el fútbol te premia y te castiga. Nada es casualidad. Si hoy estamos jugando en la B Nacional es porque se hicieron muchos méritos para estar en esa categoría. Esta situación llegó como consecuencia de una larga serie de malas decisiones. Una tras otra. Si no, es imposible que un club tan pero tan grande como Independiente pueda descender”. “Igual, yo pienso que la grandeza que tiene este club no se mancha por este paso circunstancial por la segunda categoría. Sé que Independiente estará en la B sólo de paso y que a partir del año próximo regresaremos a la categoría que nos pertenece”.

El técnico del futuro

No sabe bien cuándo ocurrió, en qué momento hizo el click. Sin dar demasiadas precisiones, tira el dato de que ese pensamiento surgió durante su estadía en Europa. “No recuerdo bien cuándo, pero un día me pregunté qué sería de mi vida después de mi retiro como

futbolista. Y la verdad es que me imaginé dirigiendo. A medida que fue pasando el tiempo, esa posibilidad se fue haciendo más concreta en mi cabeza”.

Como la decisión ya estaba tomada, apenas regresó al país comenzó a realizar el curso de técnico mientras daba sus últimos pasos como futbolista. Ya en este último receso de mediados del 2013, sintió las ganas de comenzar a dirigir. Esa chance se cristalizó cuando en una reunión, el presidente Javier Cantero le propuso trabajar en el club. “Me ofrecieron ser manager en un primer momento pero aclaré que no es una función que me interese cumplir. Yo prefiero dirigir. Y como sabía que en la B Nacional no había Reserva, se me ocurrió armar un Selectivo con chicos de Cuarta, Quinta y Sexta División con el objetivo de ser para ellos el paso previo a entrenarse con la Primera División”.

Con Leandro Avila (ex volante central de Independiente de fines de los 90 y principios del 2000) como ayudante de campo y con Horacio Ferrer como preparador físico (además de David Filomeno como entrenador de arqueros), Milito se lanzó a la aventura de dirigir, su nueva profesión. Y ya desde el vamos decidió poner en práctica su definida ideología futbolística. “Con el Selectivo intentamos jugar siempre igual, aunque con ciertos matices. Esos matices no se dan tanto en función nuestra sino del rival. Es verdad que ahora nos toca jugar contra equipos que no conocemos. Por eso, lo primero que hacemos cuando empieza un partido es intentar detectar rápidamente qué hace el contrario. Es cierto que el rival tampoco nos conoce a nosotros, pero lo que buscamos es saber con cuántos puntas juega, si juega con dos, con uno y un mediapunta, con un enganche... En función de eso adaptamos en pleno partido las salidas y la estrategia a implementar”, detalla.

Para Milito, el abc de su idea está bastante claro, más allá del 4-3-3

HISTORIA DE UN MARISCAL

que utiliza. “Nuestra intención es tener mucho la pelota, jugar el mayor tiempo posible en campo contrario y, cuando no la tenemos, presionar rápido arriba para volver a recuperarla. Y es importante aclarar que queremos progresar en el campo desde nuestro arquero. Intentar salir jugando no con pelotas largas para los delanteros sino con los zagueros centrales y con los laterales adelantados. Y luego, en función de los matices, decidir si el 5 viene atrás a buscarla o no viene, si el interior lo mismo, si el central recibe en el pico del área o más descendido. Hay variantes que te las va dando el juego y nuestros jugadores tienen que saber manejar las distintas opciones dentro del campo. Quiero un equipo en el que los defensores sean los primeros atacantes y los atacantes los primeros defensores”, cuenta.

Es inevitable hacer mención al estilo de juego que Gaby mamó en el Barsa porque muchos de los conceptos inculcados allí son los que emplea ahora en el Selectivo. “Ir al Barcelona y ser dirigido por Guardiola me cambió la visión del juego. Hasta ese momento yo tenía como referencia a grandes técnicos como Pekerman, Gallego, Menotti, Bielsa... todos tenían una mentalidad similar en cuanto a la concepción del juego. En el sentido de decir ‘hay que agarrar la pelota, cuidarla y atacar’. Pero con Guardiola conocí la perfección en cuanto a cómo atacar y cómo defender. El no dejaba ningún detalle librado al azar. Reúne dos condiciones que lo hacen distinto: mucho trabajo y mucha capacidad. Todos me han ayudado en mi formación pero mi idea futbolística me la terminó de consolidar Pep”.

Para Milito no todo pasa por cuestiones tácticas. “Para ser un buen técnico hay que tener un poco de cada cosa, saber manejarte en varias áreas. Por ejemplo, un entrenador que tácticamente es perfecto pero no tiene llegada al grupo, no sé qué buen resultado puede obtener. En cambio otro que tácticamente es bueno y tiene capacidad para llegarle a sus jugadores, seguramente tendrá ventaja”, compara. Lo

del manejo del plantel no es un tema menor para el Mariscal. “Muchas veces, me ha pasado en mi carrera, los técnicos dicen algo que luego no cumplen. Y de eso no hay retorno. Ahí sí estás jodido. Si vos le prometés algo a un jugador, lo tenés que cumplir. Para mí eso es sagrado porque está en juego tu credibilidad”, dice.

Con respecto a la diferencia de dirigir juveniles o mayores, analiza: “Son chicos, pero intentamos darles un alto nivel de exigencia como para que se vayan acostumbrando para el día que lleguen a Primera División. Somos exigentes porque sabemos en qué club estamos y cómo tienen que ser las cosas. Para llegar al éxito hay que trabajar duramente. Yo creo que en el fútbol se compite como se entrena. Si entreno intensamente, compito intensamente. Soy partidario de que, en el buen sentido, hay que sufrir en la semana para disfrutar el domingo y no disfrutar en la semana para sufrir el domingo. A los chicos les inculcamos que deben vivir del fútbol y cuidarse cuando no se entrenan, en la vida privada de cada uno. Y algo fundamental: que no pierdan la pasión por el juego y por cada cosa que hagan dentro del fútbol”.

Para Gabriel, ahora como entrenador, es importarte copiar lo bueno de cada técnico que lo dirigió y también evitar lo malo. Es decir que de todos, bien o mal, aprendió cosas que hoy puede utilizar en su nueva función.

Acá, un repaso suyo de los entrenadores que más lo marcaron:

José Pekerman

Para Milito, fue el técnico que más cosas le inculcó por haberlo tenido en la etapa formativa. Gaby dice hoy que aquellos conceptos enseñados por Pekerman los mantiene como principios. “Yo disfrutaba muchísimo jugando en los equipos de José. Me sentía muy cómodo. A veces jugábamos con línea de tres, la mayoría con cuatro... Yo fui convocado por primera vez a la Selección Juvenil con 15 años

recién cumplidos. A pesar de ser nenes, el nivel de exigencia que teníamos de parte del cuerpo técnico era muy grande. Y también el nivel de educación. En cada competencia internacional sabíamos que estábamos representando al país. Recuerdo que teníamos prohibido hablar con el árbitro, sea cual fuera la decisión que tomara en el partido. En los entrenamientos había que practicar con las medias hasta las rodillas y la camiseta adentro del pantalón. No fue casualidad que los equipos de José, en la mayoría de los torneos, lograran el premio Fair Play”, afirma.

A la hora del juego en sí también señala el aprendizaje. “En lo futbolístico, con él empecé a aprender conceptos tácticos. Si bien ya trabajaba en las Inferiores de Independiente, con José aprendí mucho lo que era respaldar al 5, cubrir la espalda del 3, pararme en línea de tres, en línea de cuatro... Sin dudas, José, en esa etapa de formación, me marcó y agradezco que alguien como él se haya cruzado en mi camino en ese momento. No sólo quiero destacar su figura sino a su grupo de trabajo. Hugo Tocalli también fue muy importante para mí y el profe Eduardo Urtasún, además de un preparador físico fantástico, también trabajaba mucho con nosotros en lo táctico”.

Con José, Milito disputó un Sudamericano Sub 17, un Mundial Sub 17 (en ambos fue elegido capitán por el entrenador), un Mundialito Sub 20, el torneo Esperanzas de Toulon, el Mundial Sub 20, el Preolímpico Sub 23 y también las Eliminatorias y el Mundial 2006 con la Selección Mayor.

César Luis Menotti

“El Flaco fue muy importante, en esos primeros pasos que yo estaba dando en la Primera de Independiente, desde el punto de vista conceptual. Además, por todo lo que significaba para el fútbol argentino. Imaginate que para mí, con 18 ó 19 años, estar en una charla en la que

hablaba César era sinónimo de hacer silencio y tener ganas de escucharlo durante horas... El fue el técnico que me empezó a dar continuidad en Primera División. Primero como lateral por la izquierda y luego como zaguero central. Recuerdo que después del Mundial Sub 20 de Nigeria, en el que jugué los dos primeros partidos y luego salí del equipo en los dos restantes, me reincorporé a los entrenamientos del club y al rato me vio el Flaco. Se acercó y me preguntó: ‘¿Por qué no terminó jugando?’’. Y yo le contesté que el técnico seguramente había elegido a otro compañero al que vio mejor que yo. Ahí agarró y me dijo: ‘Quiero que sepa que conmigo va a jugar todos los partidos y va a demostrar que tiene que ser titular siempre y en todos lados’. Dicho y hecho. Me puso rápidamente como titular y jugué casi todo ese semestre de fines del 99. No es difícil de adivinar cómo me sentía yo luego de sus palabras. Me dio una confianza enorme, tremenda... Siempre le estaré agradecido”.

Con Menotti, Milito debutó internacionalmente y también por primera vez en su carrera arrancó un partido como titular en la Primera de Independiente. Fue dirigido por César desde principios de 1998 hasta agosto de 1999.

Enzo Trossero

“Cuando agarró Enzo en Independiente, recordaba aquella anécdota de chico cuando mi viejo o mi hermano me decían Trossero jugando en el patio de casa y yo me enojaba, jaja... Incluso se lo conté en una oportunidad. En verdad, cuando crecí y conocí su historia, era una honor y un orgullo que muchos me compararan con él por el temperamento y por jugar con la misma camiseta y en la misma posición. Así que para mí fue muy importante haber sido dirigido por Enzo. El también me dio muchísimo respaldo. Recuerdo que antes del partido con Argentinos, el día del 8 a 1 en el que convertí mi primer gol en Primera,

HISTORIA DE UN MARISCAL

estábamos cambiándonos en el vestuario y alguien avisó que Fabián Madorrán, el árbitro de ese encuentro, pedía que fueran el técnico y el capitán de cada equipo a su camarín. Al rato vino Enzo, me tocó el hombro, me di vuelta y me dijo: ‘Preparate que hoy el capitán sos vos’. Me sorprendió. El que llevaba la cinta era Cristian Díaz pero justo ese partido no iba a jugar, el tres iba a ser el Avión Ramírez. La verdad es que fue un orgullo para mí. Y que me lo dijera justo él, con todo lo que significa para Independiente, mucho más. Le tengo un gran aprecio. Como técnico también tenía una gran personalidad y nos transmitía la importancia del club en el que estábamos jugando”.

Trossero dirigió a Gaby desde fines de agosto de 1999 hasta julio del 2000. Juntos obtuvieron el subcampeonato en el Clausura 2000, detrás de River.

Osvaldo Piazza

“No compartí tanto tiempo porque estuvo poco en el club y además porque yo me lesioné. Pero siento que con Osvaldo toqué el pico máximo de mi rendimiento en Independiente. Yo sentía que estaba en un gran nivel. Y él influyó en eso porque apenas llegó me dio la cinta, me elogiaba y motivaba permanentemente y hasta me puso como encargado de ejecutar los penales, una historia que muy pocos sabían. Claro, lo que sucedió es que nunca nos llegaron a dar un penal a favor. ¿Y cuándo fue que nos cobraron uno? En el segundo tiempo contra Rosario Central, justo el partido en el que yo, en la primera etapa, me había lesionado la rodilla... Recuerdo que se encargó de patearlo Bruno Marioni, la picó y se lo atajaron. Al siguiente partido tuvimos otro penal a favor, contra Estudiantes en La Plata. Lo ejecutó Cuchu y lo erró... Fue increíble. Yo, que era el designado, no tuve la posibilidad de patear ninguno. De Osvaldo también tengo un buen recuerdo por la confianza que me dio desde un primer momento”.

Piazza arribó a Independiente en julio del 2000, antes del inicio del torneo Apertura y se fue en mayo del 2001, sin terminar el torneo Clausura. Cuando se alejó del club, Milito estaba en plena etapa de recuperación de su primera lesión importante en la rodilla.

Marcelo Bielsa

“Yo venía jugando en un buen nivel a fines del 2000 cuando recibí mi primera convocatoria para integrar la Selección Mayor. El que me citó fue Marcelo y finalmente debuté en un partido que jugamos en Los Angeles contra México, que ganamos 2 a 0. En el tiempo que fui dirigido por Bielsa disfruté mucho. Me gustaba jugar en esa línea de tres en el fondo que él armaba y compartía su mentalidad ofensiva, esa cosa de atacar todo el tiempo, de presionar bien arriba al rival. Yo me sentía cómodo porque jugaba lejos de nuestra área. Lamentablemente me lesioné y no tuve chances de pelear por un puesto para el Mundial 2002. Igual, cuando me recuperé, volvió a convocarme. Guardo un grato recuerdo de él. Marcelo fue uno de los mejores técnicos que tuve en mi carrera. Con uno de los que más aprendí, sin dudas”.

El Loco fue su técnico en la Selección en esa citación de finales del 2000 y luego volvió a llamarlo para las Eliminatorias y amistosos del 2003, con Gabriel ya recuperado de su lesión.

Américo Gallego

“El Tolo era atacar y pensar siempre en el arco rival. Ese equipo que salió campeón en el 2002 fue mérito suyo. El eligió a casi todos los jugadores en el receso y también le dio un funcionamiento ofensivo que respetó la historia de Independiente, de ser siempre protagonista. Porque no hay que olvidarse de que en ese equipo atacaban todos. Salvo Pichi Franco, Castagno Suárez y yo, que pisábamos el área rival sólo en las pelotas paradas, los demás iban como locos en todas

las jugadas. Por algo metimos tantos goles. Y el Tolo fue un técnico que también me enseñó, además de ser buena gente y querible. Me tenía una confianza bárbara”.

Con Gallego coincidieron en el tramo final del Clausura 2002, en el que Milito sólo disputó dos partidos de los siete que dirigió el Tolo, y luego dieron la vuelta olímpica juntos en el Apertura 2002. Compartieron parte del Clausura 2003, hasta que el entrenador se fue debido a la mala campaña.

Víctor Muñoz

“Cuando llegué al Zaragoza, me encontré con un muy buen equipo y con un técnico trabajador al que no le gustaba especular. En realidad, en España, aun con las limitaciones que algunos equipos puedan tener, todos intentan jugar bien. Con Víctor logramos dos títulos importantes para la historia del Zaragoza y logró que jugáramos realmente bien. Recuerdo que allá se respeta la costumbre de que el capitán sea el jugador más veterano del plantel y en el Zaragoza era Cuartero. Pero cuando él no jugaba, Víctor quería que la cinta la llevara yo”.

Muñoz reemplazó a Paco Flores, quien había dirigido a Milito en el segundo semestre del 2003. Se quedó en el club hasta el 2006. Con Gaby dieron dos vueltas olímpicas: Copa del Rey y Supercopa de España, ambas en el 2004. Y fueron finalistas de la Copa del Rey del 2006.

Víctor Fernández

“Llegó a Zaragoza en lo que sería mi última temporada en el club. Era un técnico al que le gustaba mucho atacar y tenía debilidad por el futbolista argentino. Para esa temporada trajo a Pablo Aimar y Andrés D’Alessandro y ya estaba mi hermano Diego... Eramos ofensi-

vos y terminamos quintos en la Liga. Cuando asumí, me dijo que yo sería el capitán”.

Con Fernández, Milito disputó casi todos los partidos. Se realizó una muy buena campaña en la Liga y se logró la clasificación para la Copa UEFA.

Frank Rijkaard

“Fue el técnico que tuve en mi primera temporada en el Barcelona. Típico de la escuela holandesa, le gustaba el fútbol bien jugado. Una gran persona, que nos hablaba mucho sobre el juego, simple en sus conceptos y con libertades para el jugador. Lo que más recuerdo de él es el emotivo mensaje que me dejó en mi celular cuando me operaron de la rodilla. Eso fue justo al final de la temporada y a él ya no lo iba a ver porque se alejaba del club y asumía Guardiola. Ese mensaje lo escuchó mi viejo, que es un tipo duro, y así y todo se emocionó”.

El entrenador holandés pidió a Milito como refuerzo. No ganaron títulos pero arribaron a la semifinal de la Champions League, donde cayeron con el Manchester United.

Alfio Basile

“En la Selección Mayor tuve cuatro entrenadores: Bielsa, Pекerman, Basile y Batista. Ninguno me puso tanto de titular como el Coco. Desde que asumí confió en mis condiciones y me dio mucho respaldo. Me tenía mucha fe y me lo transmitía. Un fenómeno. Recuerdo que fui titular los cuatro primeros partidos de las Eliminatorias para el Mundial 2010. Ganamos tres y perdimos el cuarto contra Colombia, allá, el día que echaron a Tevez en el primer tiempo. El equipo estaba bien, jugábamos bien. Después hubo un parate y justo me lesioné en el Barsa. Luego, dos partidos más tarde, el Coco renunció. El me llamó para saber cómo me encontraba. Su idea era

jugar siempre bien al fútbol con una propuesta ambiciosa, nada de especular sino de agarrar la pelota y pensar en el arco rival”.

Con Basile llegaron a la final de la Copa América 2007, donde perdieron con Brasil.

Sergio Batista

“Soy un agradecido al Checho, porque confió en mí y fue el técnico que me convocó nuevamente a la Selección luego de la lesión y el tiempo inactivo que tuve en el Barcelona. Su propuesta de juego era ofensiva y había un especial interés en tratar bien la pelota. Lamentablemente nos fue mal a todos en esa Copa América, pero fue importante su convocatoria porque para mí significó todo un aliciente volver al seleccionado”.

En el ciclo Batista, el torneo más importante fue la Copa América 2011, donde la Argentina, como local, quedó eliminada en cuartos de final con Uruguay.

Josep Guardiola

Fue el entrenador que más lo marcó especialmente por tres motivos: por los tres años en los que lo dirigió, por la cantidad de títulos conseguidos y por haber sido testigo de toda la etapa en la que Milito estuvo lesionado.

“La clave del éxito del Barcelona fue Guardiola. El equipo logró jugar a ese nivel tan alto gracias a él. Sin su presencia, dudo de que se hubiera conseguido todo lo que se consiguió. Muchos creían que el Barcelona ganaba por los grandes jugadores que tenía. Que eran cracks es algo indiscutible. Pero los que estuvimos dentro de ese grupo sabemos que todos rindieron como rindieron por mérito de Pep”.

La primera vez que Milito se cruzó con él fue en la Ciudad Deportiva del Barcelona, a comienzos del 2008. Gaby todavía no se había

lesionado y cumplía su primera temporada en el Barsa mientras que Pep era el entrenador del Filial del club. Meses después de ese breve contacto, Gabriel se rompió el ligamento cruzado anterior de la rodilla derecha y el 13 de mayo de aquel año fue operado. Esa misma semana se conoció la noticia de que Rijkaard no renovarían su vínculo y que su sucesor en la dirección técnica del primer equipo sería Guardiola, quien venía de ser campeón con el Barsa B.

El defensor se encontraba convaleciente en una de las habitaciones de la Clínica Quirón, donde el día anterior había sido intervenido quirúrgicamente por el doctor Ramón Cugat. Después de haber recibido la visita de varios de sus compañeros, charlaba con su mujer, su mamá y su amigo Adrián cuando alguien golpeó la puerta de la sala. Era Guardiola. “Hola, permiso, ¿puedo pasar?”, preguntó. A Milito le sorprendió enormemente la visita de quien sería su futuro entrenador. Acto seguido, los que acompañaban a Gaby abandonaron la habitación y el defensor y el nuevo DT quedaron a solas.

“Pep vino, tomó una silla y se sentó al lado de la cama. Comenzamos hablando de la vida, de la rodilla, de la cirugía... Me contó sus experiencias con las lesiones, en su época de jugador, y después terminamos hablando de fútbol. Me dijo que había viajado recientemente a la Argentina y que había mantenido unas charlas muy interesantes con dos personalidades del mundo del fútbol que él admiraba, como César Luis Menotti y Marcelo Bielsa, por quienes yo había sido dirigido. Me comentó que había quedado encantado. ‘Lo que aprendí en esas largas horas de charla creo que no lo he aprendido ni en toda mi carrera como futbolista’, me aseguró”.

La visita de Guardiola duró más de dos horas. Luego tocaron el tema de la rehabilitación en sí. “Me dio mucho ánimo, me dijo que me necesitaba en el equipo, que me tenía muy en cuenta pero quería que me recuperara bien, que la idea era contar conmigo a partir de

enero del 2009, que no me apurara a volver ese año”, comenta Gaby. Pep, un auténtico estudioso del fútbol, conocía muy bien a Gabriel... “A Milito lo descubrí en el Zaragoza, donde pude observarlo con mayor atención. Ya me habían hablado, hace unos años, de que en la Argentina había un marcador central zurdo maravilloso. Por suerte pude dirigirlo y cuando regresó de la lesión participó en partidos muy importantes para mí”, remarca el actual entrenador del Bayern Munich de Alemania.

Ya a principios de agosto, casi tres meses después de aquel primer contacto en la clínica, Milito se encontraba en Buenos Aires porque había viajado para continuar la rehabilitación con el kinesiólogo Luis García. “Recuerdo que estábamos almorzando con Luis... Serían la una y media de Argentina, aproximadamente. Ese día, por la noche, el Barcelona debutaba oficialmente en la temporada contra el Wisla Cracovia de Polonia, por el repechaje de la Champions League. Iba a ser el estreno oficial de Guardiola en el banco del Barsa... Mientras almorzaba sonó mi teléfono. Vi que era una llamada anónima y no iba a atender pero al final tuve la intuición de que podía ser importante. Pregunté quién llamaba y me dijo: “Hola Gaby, soy Pep”. Y me comentó: ‘Como sabrás, hoy iniciamos oficialmente nuestra temporada y te llamo porque quiero que sepas que aquí te echamos de menos, que no nos olvidamos de ti y que hoy empieza esta Champions que tú vas a jugar. Quiero repetirte que estás presente en todos nosotros’. Le agradecí enormemente sus palabras y cuando corté, hice cuentas y allá en España faltaban menos de dos horas para que empezara el partido y el tipo se acordó de mí, que estaba en la Argentina, a miles de kilómetros de distancia, recuperándome de la lesión en la rodilla. Esos gestos que él tenía para conmigo también los tenía para cada uno de los jugadores del Barsa. Estaba siempre en todos los detalles”, explica.

Una verdad instalada que Milito precisa desmitificar es la que habla de un Barcelona que jugaba siempre de la misma forma. “Era mentira. Teníamos un estilo de juego muy definido, eso es cierto, pero cambiábamos nuestra manera de jugar de acuerdo a cómo se paraba el rival. La gente no lo notaba y creo que los rivales tampoco, pero era la verdad... ¿Por qué Xavi recibía siempre solo? ¿Por qué Messi recibía siempre solo? ¿Por qué el extremo lograba quedar mano a mano con el lateral rival? Hay un sinfín de trabajos que ejecutábamos en la semana y que sería imposible hasta para contar en un libro. Cada partido lo trabajábamos de una manera especial. Nos mostraba videos y nos explicaba cómo hacer para lastimar al rival. Sabía todo de los rivales. Yo a veces lo escuchaba y pensaba: ‘tiene razón pero ¿cómo llegó a esa conclusión? ¿Cómo hizo para ver eso que ningún otro es capaz de ver?’ Era y es muy inteligente para saber aumentar las virtudes propias y exponer y aprovechar las debilidades del adversario”, amplía.

Uno de los principales desafíos pasaba por mantener ese fuego sagrado vital para no aburguesarse, una vez que el Barsa comenzó a coleccionar títulos. Por lo visto, Guardiola tenía la fórmula. “El siempre tuvo presión por dirigir a un equipo así pero nunca se notó ni nos transmitió nada porque la manejaba de un modo natural. Una de las claves era que tenía controlado a un grupo de grandes figuras, a un vestuario pesado en nombres, lo que no es nada fácil. Tiene ese don de liderazgo que no todos pueden mostrar. Cuando después del Mundial del 2010 se sumaron a la pretemporada los jugadores del Barsa que habían salido campeones del mundo, primero los felicitó con especial énfasis por lo que habían conquistado pero al rato les aclaró que si alguno creía que ya había logrado todo estaba muy equivocado. ‘A partir de hoy arrancamos todos de cero. Todo lo que ya ganamos no existe más’, decía. Siempre trataba de sacar el máximo

de cada uno, con él estaba prohibido relajarse porque él era el primero que no se relajaba”, cuenta.

Cuando Gabriel trabajaba en la recuperación en la Ciudad Deportiva, enfocado en su rodilla, solía realizar dobles turnos. El plantel profesional, en cambio, practicaba generalmente sólo por las mañanas. Pero Guardiola nunca se iba... Luego de almorzar se quedaba en el club observando videos. “Una tarde vio que me estaba yendo a trabajar al gimnasio y me llamó. ‘Gaby, ven, relajate un poco con tanto trabajo físico y acompáñame a ver un video del Getafe, por favor’. Entonces, fui a su oficina. El Getafe era el próximo rival del Barsa y el entrenador era Víctor Muñoz, quien me había dirigido dos años en el Zaragoza. Mientras observábamos juntos las imágenes que su grupo de colaboradores ya le habían editado, Pep me preguntaba cómo trabajaba tácticamente Muñoz, qué buscaba de sus equipos, me hacía participe en un momento en el que yo estaba sufriendo por mi lesión... En ese entonces tenía una relación muy cercana con él pero fue porque no jugaba. Cuando volví al fútbol, yo mismo me fui distanciando de a poco, por mi forma de ser, para que nadie pensara mal si jugaba o no. Pero sí éramos de hablar mucho de fútbol”.

Una anécdota que recuerda para confirmar los dotes de motivador de Guardiola y su cuerpo técnico tiene que ver con la previa a aquellos cuatro partidos seguidos que debía jugar el Barcelona con el Real Madrid, en el 2011. “Eran la final de la Copa del Rey, el choque por la Liga y los dos duelos por las semifinales de la Champions League... Cuatro enfrentamientos con el clásico rival en apenas 20 días. Una tarde, al finalizar el entrenamiento, en la semana previa al primer derby, nos avisa que luego de cambiarnos nos esperaba en la sala donde solíamos ver videos. Recuerdo que estábamos cansados, muchos ya queríamos irnos a casa... Cuando llegamos al salón, Guardiola estaba al frente con una persona al lado que no conocíamos. Nos dijo: ‘él

les va a hablar'. Era Nando Parrado, uno de los sobrevivientes de la famosa tragedia del avión que cayó en la Cordillera de los Andes, la historia de la película *Viven...* Fue una charla de dos horas. Un relato increíble, tremendo. Estábamos todos embobados escuchándolo. Luego cenamos en el club y ya nadie quería irse a su casa porque nos quedamos hablando de todo lo que habíamos escuchado un rato antes. Eso nos relajó muchísimo. Si bien llegamos a esos partidos con la energía y la tensión propias de un compromiso tan importante, por otro lado lo hicimos más aliviados mentalmente. El mensaje que Guardiola y su grupo de trabajo nos quisieron transmitir fue que íbamos a jugar partidos de fútbol. Que la vida o la muerte era otra cosa”.

En definitiva, Milito define a Guardiola como “un entrenador que no se conforma nunca. Siempre va por más y ese pensamiento ganador se lo traslada permanentemente a sus jugadores. Es trabajador, estudioso, motivador, con un gran liderazgo. Le gusta mucho analizar a los rivales a través de videos, siempre pensando en opciones para atacar. La improvisación, en aquel Barsa, era mínima. Hasta Messi, siendo el mejor del mundo, tenía que cumplir ciertos movimientos tácticos cuando el equipo perdía la pelota y también para que él pudiera agarrarla en la mejor posición para hacer daño”.

De parte de Guardiola, como ya fue aclarado con tantos ejemplos, también existía un aprecio especial por Milito. Lo consideraba muy importante en el vestuario y también dentro de la cancha. “Me ha sorprendido lo líder que es con sus compañeros”, ha dicho en alguna oportunidad. Una anécdota que demuestra ese reconocimiento tiene que ver con la charla técnica que dio Pep previa a la final contra Estudiantes por el Mundial de Clubes, a fines del 2009. Era uno de los títulos que le faltaba a aquel Barsa y luego de dar esa charla en el hotel, Guardiola convocó al frente a Milito, que en ese partido iba

a integrar el banco de suplentes. “Gabriel, quiero que les explique a tus compañeros qué sienten los futbolistas de Estudiantes, tú que eres un gran conocedor del fútbol argentino”, le pidió. Gaby tomó la palabra. “Me sorprendió el lugar de relevancia que me dio en aquel momento. Hablé y dije que para el jugador argentino, esta copa tenía una gran importancia, que ganarla significaba mucho no sólo para los futbolistas sino también para los hinchas. Les comenté también cómo jugaba Estudiantes, cómo se paraba, lo importante que era Verón, la capacidad que tenía su técnico Sabella, que era un equipo que no se rendía nunca y que no había que relajarse porque en cualquier momento podía llegar a sorprender”. Palabras más, palabras menos, así fue el discurso que dio Milito con la autorización de Guardiola.

Cuando el defensor se acercó al entrenador a principios del 2011 para comentarle que tenía ganas de aceptar la propuesta que le había realizado el Málaga, la noticia trascendió en los medios y Guardiola, consultado al respecto, fue muy elogioso con Milito. “He hablado con Gabriel y ojalá se quede con nosotros. He visto pocos futbolistas tan profesionales como él en mi carrera. Sé que su intención de marcharse es porque es un jugador muy competitivo y quiere jugar siempre. Lo entiendo pero no me imagino la plantilla sin él. Es importante cuando entra a la cancha y también cuando no lo hace por todo lo que nos da. Con lo que ha sufrido por su lesión, cualquier otro jugador se hubiera retirado pero él no lo hizo. Es un ganador”.

En esta carrera que ha emprendido tras haberse retirado, Milito cuenta con la venia de Guardiola, el entrenador que más lo marcó. “He hablado muchas horas de fútbol con Gabriel. Estoy convencido de que cuando se dedique a entrenar, será un muy buen técnico”.

Con tantos pergaminos a lo largo de su carrera, con tanta experiencia acumulada y con los maestros que le enseñaron cosas relacionadas con su nueva profesión, resulta inevitable que los hinchas de

Independiente lo imaginen sentado en el banco de la Primera en un futuro. “Siempre fui de ponerme objetivos cortos y de hacer las cosas en función de lo que sentía. Y como entrenador voy a mantener esa forma de ser. Hoy no siento la necesidad de dirigir en Primera División. Por ahí pasan seis meses o un año y me pica ese bichito. Si lo siento, lo intentaré. Pero recién comienzo y quisiera estar mejor preparado si esa chance llegara a aparecer. Ahora mi meta es que la idea futbolística que tengo pueda salir con los chicos. El día de mañana se verá. Lógicamente que si quisiera dirigir en Primera, mi camino con el de Independiente podrían volver a cruzarse. Lo que tengo en claro es que como entrenador voy a ser como cuando era futbolista: no voy a hacer nada que no sienta”.

La carrera

Trayectoria en clubes

AÑO	EQUIPO	TORNEO	PARTIDOS
1997	Independiente	Apertura 97	1
1998	Independiente	Clausura 98	1
	Independiente	Apertura 98	14
	Independiente	Mercosur 98	2
1999	Independiente	Clausura 99	11
	Independiente	Apertura 99	17
	Independiente	Mercosur 99	8
2000	Independiente	Clausura 00	17
	Independiente	Apertura 00	17
	Independiente	Mercosur 00	5
2001	Independiente	Clausura 01	8
	Independiente	Apertura 01	1
2002	Independiente	Clausura 02	2
	Independiente	Apertura 02	18
2003	Independiente	Clausura 03	16
	Zaragoza	Liga 03/04	15
	Zaragoza	Copa del Rey 03/04	2
2004	Zaragoza	Liga 03/04	20
	Zaragoza	Copa del Rey 03/04	7
	Zaragoza	Liga 04/05	16
	Zaragoza	Copa del Rey 04/05	1
	Zaragoza	Supercopa Española 04	2
	Zaragoza	Copa UEFA 04/05	6

GABRIEL MILITO

2005	Zaragoza	Liga 04/05	19
	Zaragoza	Copa UEFA 04/05	4
	Zaragoza	Liga 05/06	16
	Zaragoza	Copa del Rey 05/06	1
2006	Zaragoza	Liga 05/06	18
	Zaragoza	Copa del Rey 05/06	7
	Zaragoza	Liga 06/07	14
	Zaragoza	Copa del Rey 06/07	1
2007	Zaragoza	Liga 06/07	21
	Zaragoza	Copa del Rey 06/07	4
	Barcelona	Liga 07/08	15
	Barcelona	Champions 07/08	5
2008	Barcelona	Liga 07/08	12
	Barcelona	Copa del Rey 07/08	6
	Barcelona	Champions 07/08	4
2009	No jugó en todo el año por estar lesionado		
2010	Barcelona	Liga 09/10	11
	Barcelona	Copa del Rey 09/10	1
	Barcelona	Champions 09/10	5
	Barcelona	Supercopa Española 10	1
	Barcelona	Liga 10/11	3
	Barcelona	Copa del Rey 10/11	1
	Barcelona	Champions 10/11	1
	2011	Barcelona	Liga 10/11
Barcelona	Copa del Rey 10/11	3	
Barcelona	Champions 10/11	1	
Independiente	Apertura 11	19	
Independiente	Sudamericana 11	1	
Independiente	Recopa 11	2	
2012	Independiente	Clausura 12	13

HISTORIA DE UN MARISCAL

Trayectoria en Selecciones

JUVENILES

CATEGORÍA	TORNEO	PARTIDOS
Sub 17	Sudamericano 97	7
Sub 17	Mundial 97	4
Sub 20	Perea 98	3
Sub 20	Joao 98	2
Sub 21	Toulon 98	1
Sub 20	Sudamericano 99	8
Sub 20	Mundial 99	2
Sub 23	Amistosos 99	4
Sub 23	Preolímpico 00	7

MAYOR

TORNEO	PARTIDOS
Amistosos 2000	1
Amistosos 2003	3
Amistosos 2004	1
Copa Kirin 2004	1
Amistosos 2005	2
Confederaciones 2005	1
Eliminatorias 2006 (2 partidos en 2004 y 3 en 2005)	5
Mundial 2006	1
Amistosos 2006	3
Amistosos 2007	5
Copa América 2007	5
Eliminatorias 2010 (todos en 2007)	4
Amistosos 2010	2
Amistosos 2011	4
Copa América 2011	4

Títulos ganados

Clubes



INDEPENDIENTE

Torneo Apertura 2002



ZARAGOZA

Copa del Rey 2003/04

Supercopa 2003/04



BARCELONA

Copa del Rey 2008/09

Liga 2008/09

Champions League 2009

Supercopa de Europa 2009

Mundial de Clubes 2009

Liga 2009/10

Liga 2010/11

Supercopa Española 2010

Champions 2010/11

Copa del Rey 2010/11

Selecciones Nacionales



JUVENILES

Copa Perea 1998 (Sub 20)

Copa Toulon 1998 (Sub 21)

Sudamericano 1999 (Sub 20)

Totales

INDEPENDIENTE

173		2		1
partidos		goles		título

ZARAGOZA

174		5		2
partidos		goles		títulos

BARCELONA

76		2		10
partidos		goles		títulos

SELECCIONES JUVENILES

38		1		3
partidos		gol		títulos

SELECCION MAYOR

42		1		0
partidos		gol		títulos

Total absoluto de su carrera

503		11		16
partidos		goles		títulos

Indice

Prólogo 1

Por Esteban Cambiasso 11

Prólogo 2

Por Gerard Piqué 13

Capítulo 1

Los inicios 21

Capítulo 2

Aparición y consolidación en Primera 35

Capítulo 3

Estadía en Europa 51

Capítulo 4

Las lesiones 67

Capítulo 5

Messi y otros cracks 83

Capítulo 6

El retiro y el nuevo DT 97

La carrera

Estadísticas 115



Primera impresión diciembre de 2013



GABRIEL MILITO

Nació el 7 de septiembre de 1980 en Quilmes, Provincia de Buenos Aires. Tras haber hecho las Divisiones Inferiores en Independiente, su debut profesional fue el 21 de diciembre de 1997 frente a Ferro. Jugó en el club de Avellaneda hasta julio del 2003, cuando pasó al Real Zaragoza de España al frustrarse su pase al Real Madrid. Luego de cuatro temporadas, a mediados del 2007 fue transferido al Barcelona, en donde estuvo cuatro años. En ese lapso sufrió una grave lesión que lo alejó 20 meses del fútbol. A mediados del 2011 volvió al Rojo, donde se retiró en junio del 2012. También fue jugador de la Selección, en Juveniles y en la Mayor. En 2013 inició su carrera de técnico en el Selectivo de su club.



VICENTE MUGLIA

Nació el 19 de diciembre de 1976 en Mataderos, Capital Federal. Egresó con el título de bachiller del Instituto Mariano Moreno de Villa Insuperable en 1994 y luego estudió Periodismo Deportivo en el Círculo de Periodistas Deportivos. En 1997 comenzó como redactor en el diario deportivo Olé, donde trabaja en la actualidad. Desde 1998 hasta 2003 cubrió la información del Club Atlético Independiente. Desde 2003 hasta 2011 cubrió la información de Boca Juniors. Desde 2011 a la fecha es editor de la sección del Club Atlético Independiente. Trabajó en Radio Mitre, fue docente en ETER desde 2009 hasta 2012 y conduce actualmente 100% Independiente por Radio 9.

Gabriel Milito

Vicente Muglia

Historia de un Mariscal

Mis viejos me enseñaron que somos lo que hacemos. No lo que decimos. Lo que hacemos.

El protagonista de este libro ha hecho muchas cosas. Ha sido un estupendo jugador de fútbol. Ha triunfado en desafíos donde muchos otros se habrían mancado. Ha enfrentado obstáculos y derrotas que lo volvieron más íntegro, más hombre, más ídolo.

El protagonista de este libro, también, seguirá haciendo muchas cosas. Si el mundo del fútbol es lo suficientemente limpio como para hacerle sitio a los honestos, y lo suficientemente lúcido como para darle lugar a los capaces, Gabriel Milito se convertirá en una referencia como entrenador, o como dirigente, o como lo que él desee ser.

Como hincha del fútbol argentino, y de Independiente en particular, tengo un sinnúmero de deudas con Gabriel. Son muchas, demasiadas, las cosas que tengo que agradecerle. Su categoría. Su capacidad para combinar efectividad con elegancia. Su inteligencia en la anticipación de los movimientos del rival. La cantidad de tardes y de noches que, con la camiseta de mi club, o con las que lució en Europa, me hizo feliz a pura fuerza de jugar bien al fútbol.

Pero cuando pienso en Gabriel Milito hay una imagen que está por encima de todas las otras. Último partido oficial, jugando para Independiente. Un cero a cero trabado con San Lorenzo. Pitazo final. Desde la tribuna busco su imagen. Y lo que veo es a un hombre que se arrodilla y besa el pasto de su cancha. Mi cancha. Nuestra cancha. Creo que esa imagen resume lo que es Gabriel Milito como jugador y como persona. Un hombre entero. Un hombre agradecido. Un hombre necesario. Dentro de una cancha, y sobre todo, fuera de ella.

Eduardo Sacheri

ISBN 978-987-1367-35-1



ediciones
al arco